

La llegada a casa de la abuela

Venimos de la ciudad. Hemos viajado toda la noche. Nuestra madre tiene los ojos rojos. Lleva una caja de cartón grande, y nosotros dos una maleta pequeña cada uno con su ropa, y además el diccionario grande de nuestro padre, que nos vamos pasando cuando tenemos los brazos cansados.

Andamos mucho rato. La casa de la abuela está lejos de la estación, en la otra punta del pueblo.

Aquí no hay tranvía, ni autobús, ni coches. Sólo circulan algunos camiones militares.

Los caminantes son poco numerosos, el pueblo está silencioso. Se oye el ruido de nuestros pasos.

Caminamos sin hablar, nuestra madre en medio, entre nosotros dos.

Ante la puerta del jardín de la abuela, nuestra madre dice:

—Esperadme aquí.

Esperamos un poco y después entramos en el jardín, rodeamos la casa, nos agachamos debajo de una ventana, de donde vienen las voces. La voz de nuestra madre dice:

—Ya no tenemos nada que comer en casa, ni pan, ni carne, ni verduras, ni leche. Nada. No puedo alimentarlos.

Otra voz dice:

—Y claro, te has acordado de mí. Durante diez años no te has acordado. No has venido ni has escrito.

Nuestra madre dice:

—Sabes muy bien por qué. Yo quería a mi padre.

La otra voz dice:

—Sí, y ahora te acuerdas de que también tienes una madre. Llegas y me pides que te ayude.

Nuestra madre dice:

—No te pido nada para mí. Sólo me gustaría que mis hijos sobreviviesen a esta guerra. Bombardean la ciudad día y noche, y no hay nada que comer. Evacúan a los niños al campo, a casa de parientes o de extraños, a cualquier sitio.

La otra voz dice:

—Sólo tenías que enviarlos a casa de algún extraño, a cualquier sitio.

Nuestra madre dice:

—Son tus nietos.

—¿Mis nietos? Ni siquiera los conozco. ¿Cuántos son?

—Dos. Dos chicos. Unos gemelos.

La otra voz dice:

—¿Qué has hecho con los otros?

Nuestra madre pregunta:

—¿Qué otros?

—Las perras tienen cuatro o cinco cachorros cada vez. Se guardan uno o dos y los demás se ahogan.

La otra voz se ríe muy fuerte. Nuestra madre no dice nada y la otra voz pregunta:

—¿Tienen padre, al menos? No estás casada, que yo sepa. No me has invitado a tu boda.

—Sí que estoy casada. Su padre está en el frente. No tengo noticias de él desde hace seis meses.

—Entonces ya puedes ponerle una cruz.

La otra voz ríe de nuevo, nuestra madre llora. Nosotros volvemos a la puerta del jardín.

Nuestra madre sale de la casa con una vieja.

Nuestra madre nos dice:

—Ésta es vuestra abuela. Os quedaréis con ella un tiempo, hasta que acabe la guerra.

Nuestra abuela dice:

—Puede ser mucho tiempo. Pero yo les haré trabajar, no te preocupes. La comida no es gratis aquí

tampoco.

Nuestra madre dice:

—Os mandaré dinero. En las maletas tenéis vuestra ropa. Y en la caja, sábanas y mantas. Sed buenos, pequeños. Os escribiré.

Nos besa y se va llorando.

La abuela se ríe muy fuerte y dice:

—¡Sábanas y mantas! ¡Camisas blancas y zapatitos de charol! ¡Ya os enseñaré yo a vivir, ya veréis! Le sacamos la lengua a nuestra abuela. Ella se ríe más fuerte aún, dándose palmadas en los muslos.

La casa de la abuela

La casa de la abuela está a cinco minutos andando de las últimas casas del pueblo. Después ya no queda más que la carretera polvorienta, pronto cortada por una barrera. Está prohibido ir más lejos, un soldado monta guardia allí. Tiene una metralleta y unos prismáticos, y cuando llueve se mete dentro de una garita.

Sabemos que más allá de la barrera, oculta entre los árboles, hay una base militar secreta, y detrás de la base la frontera y otro país.

La casa de la abuela está rodeada por un jardín al fondo del cual corre un río, y después el bosque.

En el jardín tiene plantadas todo tipo de verduras y árboles frutales. En un rincón hay una conejera, un gallinero, una pocilga y una caseta para las cabras.

Hemos intentado subirnos al lomo del cerdo más gordo de todos, pero es imposible permanecer encima.

La abuela vende las verduras, las frutas, los conejos, los patos y los pollos en el mercado, así como los huevos de las gallinas y patas y quesos de cabra. Los cerdos los vende al carnicero, que le paga con dinero, pero también con jamones y salchichones ahumados.

También hay un perro para cazar a los ladrones y un gato para cazar ratas y ratones. No hay que darle de comer, para que tenga hambre siempre.

La abuela posee también una viña al otro lado de la carretera.

Se entra en la casa por la cocina, que es grande y está caliente. El fuego está encendido todo el día en el hogar de leña. Junto a la ventana hay una enorme mesa y un banco de rincón. En ese banco dormimos nosotros.

Desde la cocina, una puerta lleva a la habitación de la abuela, que siempre está cerrada con llave. Sólo la abuela entra allí por las noches, a dormir.

Existe otra habitación donde se puede entrar sin pasar por la cocina, directamente desde el jardín. Esa habitación está ocupada por un oficial extranjero. La puerta también está cerrada siempre con llave.

Bajo la casa hay una bodega llena de cosas de comer y, debajo del tejado, un desván donde la abuela ya no sube desde que le serramos la escalera y se hizo daño al caer. La entrada del desván está justo encima de la puerta del oficial, y nosotros subimos con la ayuda de una cuerda. Allí es donde guardamos el cuaderno de las redacciones, el diccionario de nuestro padre y los demás objetos que nos vemos obligados a esconder.

Pronto nos fabricamos una llave que abre todas las puertas y hacemos unos agujeros en el suelo del desván. Gracias a la llave podemos circular libremente por la casa cuando no hay nadie en ella, y gracias a los agujeros, podemos observar a la abuela y al oficial en sus habitaciones sin que ellos se den cuenta.

La abuela

La abuela es la madre de nuestra madre. Antes de venir a vivir a su casa no sabíamos que nuestra madre todavía tenía madre.

Nosotros la llamamos abuela.

La gente la llama la Bruja.

Ella nos llama «hijos de perra».

La abuela es pequeña y delgada. Lleva una pañoleta negra en la cabeza. Su ropa es gris oscuro. Lleva unos zapatos militares viejos. Cuando hace buen tiempo va descalza. Su cara está llena de arrugas, de manchas oscuras y de verrugas de las que salen pelos. No tiene dientes, al menos que se vean.

La abuela no se lava jamás. Se seca la boca con la punta de su pañoleta cuando ha comido o ha bebido. No lleva bragas. Cuando tiene que orinar, se queda quieta donde está, separa las piernas y se mea en el suelo, por debajo de la falda. Naturalmente, eso no lo hace dentro de casa.

La abuela no se desnuda jamás. La hemos visto en su habitación, por la noche. Se quita una falda y lleva otra debajo. Se quita la blusa y lleva otra blusa debajo. Se acuesta así. No se quita la pañoleta.

La abuela habla poco. Salvo por la noche. Por la noche, coge una botella que tiene en un estante y bebe directamente a morro. Pronto se pone a hablar en una lengua que no conocemos. No es la lengua que hablan los militares extranjeros, es una lengua completamente distinta.

En esa lengua desconocida, la abuela se pregunta cosas y ella misma se responde. A veces se ríe, o bien se enfada, o bien grita. Al final, casi siempre, se pone a llorar, se va a su habitación dando traspies y se tira en la cama, y la oímos sollozar mucho rato por la noche.

Los trabajos

Estamos obligados a hacer determinados trabajos para la abuela, porque si no nos daría de comer y nos dejaría pasar la noche fuera. Al principio nos negamos a obedecerla. Dormimos en el jardín, nos comemos la fruta y las verduras crudas.

Por la mañana, antes de que salga el sol, vemos a la abuela salir de la casa. No nos habla. Va a alimentar a los animales, ordeña las cabras, después las lleva a la orilla del río, donde las ata a un árbol. Después riega el jardín y coge las verduras y frutas que carga en su carretilla. Pone también una cesta llena de huevos, una jaula pequeña con un conejo y un pollo o un pato con las patas atadas. Se va al mercado, empujando su carretilla cuya cincha, pasada por su cuello delgado, le hace bajar la cabeza. Se tambalea bajo el peso. Los baches del camino y las piedras la desequilibran, pero sigue andando, con los pies hacia fuera, como los patos. Va andando hacia el pueblo, hasta el mercado, sin pararse, sin apoyar la carretilla ni una sola vez.

Al volver del mercado, hace una sopa con las verduras que no ha vendido y hace mermeladas con la fruta. Come, va a echar la siesta a su viña, duerme una hora, y después se ocupa de la viña o, si no hay nada más que hacer, vuelve a la casa, corta leña y alimenta de nuevo a los animales, trae de nuevo las cabras, las ordeña, se va al bosque y trae setas y leña seca, hace queso, seca las setas y las judías, llena frascos con las demás verduras, riega de nuevo el jardín, ordena las cosas en la bodega y así sucesivamente hasta que cae la noche.

La sexta mañana, cuando ella sale de casa ya hemos regado el huerto. Le cogemos de las manos los pesados cubos de la comida de los cerdos, llevamos nosotros las cabras a la orilla del río, la ayudamos a cargar la carretilla. Cuando vuelve del mercado, estamos a punto de cortar leña.

Durante la cena, la abuela dice:

—Ya lo habéis entendido. El cobijo y el alimento hay que ganárselos.

Nosotros decimos:

—No es eso. El trabajo es pesado, pero mirar sin hacer nada a alguien que trabaja es mucho más pesado aún, sobre todo si es un viejo.

La abuela dice, sarcástica:

—¡Hijos de perra! ¿Queréis decir que os doy pena?

—¡Hijos de perra! ¿Queréis decir que os doy pena?

—No, abuela. Solamente nos avergonzamos de nosotros mismos.

Por la tarde vamos a buscar leña al bosque.

A partir de entonces hacemos todos los trabajos que somos capaces de hacer.

El bosque y el río

El bosque es muy grande, el río es muy pequeño. Para entrar en el bosque hay que atravesar el río. Cuando hay poca agua, podemos atravesarlo saltando de una piedra a otra. Pero a veces, cuando ha llovido mucho, el agua nos llega a la cintura y el agua está fría y fangosa. Decidimos construir un puente con los ladrillos y las tablas que encontramos alrededor de las casas destruidas por los bombardeos.

Nuestro puente es sólido. Se lo enseñamos a la abuela. Ella lo prueba y dice:

—Muy bien. Pero no vayáis demasiado lejos por el bosque. La frontera está cerca, los militares os dispararían. Y sobre todo no os perdáis. Yo no iría a buscaros.

Al construir el puente hemos visto peces. Se esconden bajo las piedras grandes o a la sombra de los arbustos y los árboles cuyas ramas se unen en algunos puntos por encima del río. Elegimos los peces más grandes, los cogemos y los metemos en la regadera llena de agua. Por la noche, cuando los llevamos a la casa, la abuela dice:

—¡Hijos de perra! ¿Cómo los habéis cogido?

—Con las manos. Es fácil. Sólo hay que quedarse quieto y esperar.

—Entonces, coged muchos. Todos los que podáis.

Al día siguiente la abuela se lleva la regadera en la carretilla y vende nuestros pescados en el mercado.

Vamos a menudo al bosque, no nos perdemos nunca, sabemos de qué lado se encuentra la frontera. Pronto los centinelas nos conocen. No nos disparan nunca. La abuela nos enseña a distinguir las setas comestibles de las que son venenosas.

Del bosque traemos haces de leña a la espalda, setas y castañas en las cestas. Apilamos la leña bien ordenada contra las paredes de la casa, bajo el tejadillo, y tostamos las castañas en el hogar, si la abuela no está.

Una vez, en el bosque, junto a un enorme agujero hecho por una bomba, encontramos un soldado muerto. Está entero todavía, sólo le faltan los ojos a causa de los cuervos. Le cogemos el fusil, los cartuchos, las granadas. El fusil escondido en un haz de leña, los cartuchos y las granadas en las cestas, bajo las setas.

Una vez llegados a casa de la abuela, envolvemos cuidadosamente esos objetos con paja y unos sacos de patatas y los enterramos bajo el banco, ante la ventana del oficial.

La suciedad

En nuestra casa, en la ciudad, nuestra madre nos lavaba a menudo. Bajo la ducha o en la bañera. Nos ponía ropa limpia, nos cortaba las uñas. Para cortarnos el pelo nos llevaba al peluquero. Nos cepillábamos los dientes después de cada comida.

En casa de la abuela es imposible lavarse. No hay cuarto de baño, ni siquiera hay agua corriente. Hay que ir a bombear el agua del pozo en el patio, y llevarla en un cubo. No hay jabón en la casa, ni dentífrico, ni producto alguno para la colada.

Todo está sucio en la cocina. Las baldosas rojas, irregulares, se pegan a los pies, la mesa grande se

pega a las manos y los codos. El hogar está completamente negro de grasa y las paredes a su alrededor también, a causa del hollín. Aunque la abuela lave los cacharros, los platos, las cucharas y los cuchillos nunca están realmente limpios, y las cazuelas están cubiertas de una espesa costra de mugre. Los trapos son de color gris y huelen mal.

Al principio ni siquiera nos apetecía comer, sobre todo cuando veíamos cómo preparaba la abuela la comida, sin lavarse las manos y limpiándose los mocos con la manga. Después ya no hacemos caso.

Cuando hace calor vamos a bañarnos al río, nos lavamos la cara y los dientes en el pozo. Cuando hace frío es imposible lavarse del todo. No existe ningún recipiente lo bastante grande en la casa. Nuestras sábanas, mantas y ropa de baño han desaparecido. Nunca más volvimos a ver la caja grande en la que nuestra madre trajo esas cosas.

La abuela lo vendió todo.

Cada vez estamos más sucios, y nuestra ropa también. Vamos sacando ropa limpia de nuestra maleta debajo del banco, pero pronto ya no nos queda ropa limpia. La que llevamos se va rompiendo, nuestros zapatos se gastan y se agujerean. Cuando es posible vamos desnudos y no llevamos más que un calzoncillo o un pantalón. La planta de los pies se nos endurece, ya no notamos las espinas ni las piedras. La piel se nos pone morena, llevamos las piernas y los brazos cubiertos de arañazos, de cortes, de costras, de picaduras de insecto. Las uñas, que no nos cortamos nunca, se nos rompen; el pelo, casi blanco a causa del sol, nos llega hasta los hombros.

La letrina está al fondo del jardín. Nunca hay papel. Nos limpiamos con las hojas más grandes de determinadas plantas.

Ahora tenemos un olor mezcla de estiércol, pescado, hierba, setas, humo, leche, queso, barro, porquería, tierra, sudor, orina y moho.

Ahora olemos mal, como la abuela.

Ejercicio de endurecimiento del cuerpo

La abuela nos pega a menudo con sus manos huesudas, con una escoba o un trapo mojado. Nos tira de las orejas, nos da tirones del pelo.

Otras personas también nos dan bofetadas y patadas, no sabemos muy bien por qué.

Los golpes hacen daño, nos hacen llorar.

Las caídas, los arañazos, los cortes, el trabajo, el frío y el calor también son causa de sufrimiento.

Decidimos endurecer nuestro cuerpo para poder soportar el dolor sin llorar.

Empezamos por darnos bofetadas el uno al otro, después puñetazos. Viendo que llevamos la cara tumefacta, la abuela nos pregunta:

—¿Quién os ha hecho esto?

—Nosotros mismos, abuela.

—¿Os habéis pegado? ¿Por qué?

—Por nada, abuela. No te preocupes, es un ejercicio.

—¿Un ejercicio? Estáis completamente chiflados. Bueno, si eso os divierte...

Vamos desnudos. Nos golpeamos el uno al otro con un cinturón. Nos vamos diciendo, a cada golpe:

—No ha dolido.

Nos golpeamos fuerte, cada vez más y más fuerte.

Pasamos las manos por encima de una llama. Nos cortamos con un cuchillo el muslo, el brazo, el pecho, y nos echamos alcohol en las heridas. Cada vez, nos decimos:

—No ha dolido.

Al cabo de un cierto tiempo, efectivamente, ya no sentimos nada. Es otro quien siente dolor, otro el que se quema, el que se corta, el que sufre.

Nosotros ya no lloramos.

Cuando la abuela está enfadada y grita, le decimos:

—No grites más, abuela, y péganos.

Y cuando ella nos pega, decimos:

—¡Más, abuela! Mira, ponemos la otra mejilla, como dice en la Biblia. Péganos en la otra mejilla, abuela.

Ella responde:

—¡Idos al diablo con vuestra Biblia y vuestras mejillas!

El ordenanza

Nos acostamos en el banco que hace esquina en la cocina. Nuestras cabezas se tocan. No dormimos aún, pero tenemos los ojos cerrados. Alguien abre la puerta. Abrimos los ojos. La luz de una linterna de bolsillo nos ciega. Preguntamos:

—¿Quién anda ahí?

Una voz de hombre responde:

—No miedo. Vosotros no miedo. ¿Dos ser vosotros o yo beber demasiado?

Se ríe, enciende la lámpara de petróleo que hay encima de la mesa y apaga su linterna. Ahora le vemos bien. Es un militar extranjero, sin grado. Dice:

—Yo ser ordenanza de capitán. ¿Qué hacer aquí vosotros?

Decimos:

—Vivimos aquí. En casa de nuestra abuela.

—¿Vosotros nietos de la Bruja? Yo nunca ver vosotros antes. ¿Cuánto tiempo vosotros ser aquí?

—Desde hace dos semanas.

—¡Ah! Yo ir permiso a mi casa, a mi pueblo. Mucho divertido.

Le preguntamos:

—¿Por qué hablas nuestro idioma?

Él dice:

—Mi madre nacer aquí, en vuestro país. Venir trabajar a nuestra casa, camarera en un bar. Conocer mi padre y casarse. Cuando yo pequeño, mi madre hablarme vuestro idioma. Vuestro país y mi país, países amigos. Combatir juntos enemigo. ¿De ti dónde venir vosotros?

—De la ciudad.

—Ciudad, mucho peligro. ¡Bum! ¡Bum!

—Sí, y ya no había nada que comer.

—Aquí bien para comer. Manzanas, cerdos, pollos, todo. ¿Vosotros quedar mucho tiempo? ¿O sólo vacaciones?

—Hasta que se acabe la guerra.

—Guerra pronto acabar. ¿Dormir vosotros ahí? Banco duro, frío. ¿Bruja no querer meter en su habitación?

—No queremos dormir en la habitación de la abuela. Ronca y huele mal. Teníamos sábanas y mantas, pero ella las ha vendido.

El ordenanza coge agua caliente del caldero que hay encima del fogón y dice:

—Yo deber limpiar habitación. Capitán también volver permiso esta noche o mañana.

Sale. Algunos minutos después, vuelve. Nos trae dos mantas militares grises.

—Éstas no vender la vieja Bruja. Si ella demasiado mala, decir a mí. Yo pum, pum, matar.

Se ríe todavía. Nos tapa, apaga la lámpara y se va.

Durante el día escondemos las mantas en el desván.

Ejercicio de endurecimiento del espíritu

La abuela nos dice:

—¡Hijos de perra!

La gente nos dice:

—¡Hijos de bruja! ¡Hijos de puta!

Otros nos dicen:

—¡Imbéciles! ¡Golfos! ¡Mocosos! ¡Burros! ¡Marranos! ¡Puercos! ¡Gamberros! ¡Sinvergüenzas!
¡Pequeños granujas! ¡Delincuentes! ¡Criminales!

Cuando oímos esas palabras se nos pone la cara roja, nos zumban los oídos, nos escuecen los ojos y nos tiemblan las rodillas.

No queremos ponernos rojos, ni temblar. Queremos acostumbrarnos a los insultos y a las palabras que hieren.

Nos instalamos en la mesa de la cocina, uno frente al otro, y mirándonos a los ojos, nos decimos palabras cada vez más y más atroces.

Nos instalamos en la mesa de la cocina, uno frente al otro, y mirándonos a los ojos, nos decimos palabras cada vez más y más atroces.

Uno:

—¡Cabrón! ¡Tontolculo!

El otro:

—¡Maricón! ¡Hijoputa!

Y continuamos así hasta que las palabras ya no nos entran en el cerebro, ni nos entran siquiera en las orejas.

De ese modo nos ejercitamos una media hora al día más o menos, y después vamos a pasear por las calles.

Nos las arreglamos para que la gente nos insulte y constatamos que al fin hemos conseguido permanecer indiferentes.

Pero están también las palabras antiguas.

Nuestra madre nos decía:

—¡Queridos míos! ¡Mis amorcitos! ¡Mi vida! ¡Mis pequeñines adorados!

Cuando nos acordamos de esas palabras, los ojos se nos llenan de lágrimas.

Esas palabras las tenemos que olvidar, porque ahora ya nadie nos dice palabras semejantes, y porque el recuerdo que tenemos es una carga demasiado pesada para soportarla.

Entonces volvemos a empezar nuestro ejercicio de otra manera.

Decimos:

—¡Queridos míos! ¡Mis amorcitos! Yo os quiero... No os abandonaré nunca... Sólo os querré a vosotros... Siempre... Sois toda mi vida...

A fuerza de repetirlas, las palabras van perdiendo poco a poco su significado, y el dolor que llevan consigo se atenúa.

El colegio

Esto ocurrió hace tres años.

Es por la tarde. Nuestros padres creen que dormimos. En la otra habitación, hablan de nosotros.

Nuestra madre dice:

—No soportarán estar separados.

Nuestro padre dice:

—Sólo se separarán durante las horas de colegio.

Nuestra madre dice:

—No lo soportarán.

—Pero es necesario. Es necesario para ellos. Todo el mundo lo dice. Los profesores, los psicólogos.

Al principio les resultará difícil, pero luego se acostumbrarán.

—No, nunca. Lo sé. Los conozco bien. Forman una sola persona.

Nuestro padre levanta la voz:

—Justamente, eso no es normal. Piensan juntos, actúan juntos. Viven en un mundo aparte. Un mundo sólo para ellos. Todo eso no es demasiado sano. Es inquietante incluso. Sí, me preocupan. Son muy raros. Nunca se sabe lo que pueden pensar. Están demasiado adelantados para su edad. Saben demasiadas cosas.

Nuestra madre se ríe.

—No les reprocharás su inteligencia, ¿verdad?

—No es ninguna tontería. ¿Por qué te ríes?

Nuestra madre responde:

—Los gemelos siempre tienen más problemas. No es ningún drama. Todo se arreglará.

Nuestro padre dice:

—Sí, todo se arreglará si los separamos. Cada individuo debe tener su propia vida.

Algunos días más tarde empezamos la escuela. Cada uno en una clase distinta. Nos sentamos en la primera fila.

Estamos separados el uno del otro por toda la longitud del edificio. Esa distancia entre nosotros nos parece monstruosa, el dolor que experimentamos es insoportable. Es como si nos arrancasen la mitad del cuerpo. No tenemos equilibrio, nos da vértigo, nos caemos, perdemos el conocimiento.

Nos despertamos en la ambulancia que nos lleva al hospital.

Nuestra madre viene a buscarnos. Sonríe, nos dice:

—Estaréis en la misma clase desde mañana.

En casa, nuestro padre sólo nos dice:

—¡Farsantes!

Pronto se va al frente. Es periodista, corresponsal de guerra.

Vamos al colegio durante dos años y medio. Los profesores se van también al frente y les sustituyen profesoras. Más tarde cierra la escuela, porque hay demasiadas alertas y bombardeos.

Sabemos leer, escribir y calcular.

En casa de la abuela decidimos proseguir nuestros estudios sin profesores, solos.

La compra del papel, del cuaderno y de los lápices

En casa de la abuela no hay papel ni lápiz. Vamos a buscarlo a una tienda que se llama «Librería-Papelería». Elegimos un paquete de papel cuadriculado, dos

Repetimos:

—No tenemos dinero, pero necesitamos estos objetos de verdad.

El librero dice:

—La escuela está cerrada. Nadie necesita cuadernos ni lápices.

Le decimos:

—Nosotros seguimos yendo a la escuela en casa, solos, por nuestra cuenta.

—Pedid dinero a vuestros padres.

—Nuestro padre está en el frente y nuestra madre se ha quedado en la ciudad. Vivimos en casa de nuestra abuela, y ella tampoco tiene dinero.

El librero dice:

—Sin dinero no se puede comprar nada.

No decimos nada más, nos quedamos mirándole. Él también nos mira. Tiene la frente mojada de sudor. Al cabo de un tiempo, dice:

—¡No me miréis así! ¡Salid de aquí!

Le decimos:

—Estamos dispuestos a realizar algunos trabajos para usted a cambio de estos objetos. Le podemos regar el jardín, por ejemplo, arrancar las malas hierbas, llevar paquetes...

Él sigue gritando:

—¡No tengo jardín! ¡No os necesito! Y además, ¿no podéis hablar normal y corriente?

—Hablamos normal y corriente.

—A vuestra edad, decir «estamos dispuestos a realizar», ¿es normal?

—Nosotros hablamos correctamente.

—Demasiado correctamente, sí. ¡No me gusta del todo vuestra manera de hablar! ¡Y vuestra forma de mirar tampoco! ¡Salid de aquí!

Le preguntamos:

—¿Posee usted gallinas, señor?

Él se seca el rostro blanco con un pañuelo blanco. Nos pregunta, sin gritar:

—¿Gallinas? ¿Por qué gallinas?

—Porque si no las posee, nosotros podemos disponer de una cierta cantidad de huevos y traérselos a cambio de estos objetos que nos resultan indispensables.

El librero nos mira y no dice nada.

Insistimos:

—El precio de los huevos aumenta cada día. Por el contrario, el precio del papel y los lápices...

Arroja nuestro papel, nuestros lápices y nuestro cuaderno hacia la puerta y grita:

—¡Fuera! ¡No necesito vuestros huevos! ¡Tomad todo esto y no volváis más!

Nosotros cogemos los objetos cuidadosamente y decimos:

—Sin embargo, nos veremos obligados a volver cuando no tengamos más papel o cuando se hayan gastado los lápices.

Nuestros estudios

Para nuestros estudios contamos con el diccionario de nuestro padre y la Biblia que hemos encontrado aquí en casa de la abuela, en el desván.

Damos lecciones de ortografía, de redacción, de lectura, de cálculo mental, de matemáticas y hacemos ejercicios de memoria. Usamos el diccionario para la ortografía, para obtener explicaciones y también para aprender palabras nuevas, sinónimos y antónimos. La Biblia nos sirve para la lectura en voz alta, los dictados y los ejercicios de memoria. Nos aprendemos de memoria, por tanto, páginas enteras de la Biblia.

Así es como transcurre una lección de redacción: Estamos sentados en la mesa de la cocina con nuestras hojas cuadriculadas, nuestros lápices y el cuaderno grande. Estamos solos.

Uno de nosotros dice:

—El título de la redacción es: «La llegada a casa de la abuela».

El otro dice:

—El título de la redacción es: «Nuestros trabajos».

Nos ponemos a escribir. Tenemos dos horas para tratar el tema, y dos hojas de papel a nuestra disposición.

Al cabo de dos horas, nos intercambiamos las hojas y cada uno de nosotros corrige las faltas de ortografía del otro, con la ayuda del diccionario, y en la parte baja de la página pone: «bien» o

«mal». Si es «mal», echamos la redacción al fuego y probamos a tratar el mismo tema en la lección siguiente. Si es «bien», podemos copiar la redacción en el cuaderno grande.

Para decidir si algo está «bien» o «mal» tenemos una regla muy sencilla: la redacción debe ser verdadera. Debemos escribir lo que es, lo que vemos, lo que oímos, lo que hacemos.

Por ejemplo, está prohibido escribir: «la abuela se parece a una bruja». Pero sí está permitido escribir: «la gente llama a la abuela "la Bruja"».

Está prohibido escribir: «el pueblo es bonito», porque el pueblo puede ser bonito para nosotros y feo para otras personas.

Del mismo modo, si escribimos: «el ordenanza es bueno», no es verdad, porque el ordenanza puede ser capaz de cometer maldades que nosotros ignoramos.

Escribimos, sencillamente: «el ordenanza nos ha dado unas mantas».

Escribiremos: «comemos muchas nueces», y no: «nos gustan las nueces», porque la palabra «gustar» no es una palabra segura, carece de precisión y de objetividad. «Nos gustan las nueces» y «nos gusta nuestra madre» no puede querer decir lo mismo. La primera fórmula designa un gusto agradable en la boca, y la segunda, un sentimiento.

Las palabras que definen los sentimientos son muy vagas; es mejor evitar usarlas y atenerse a la descripción de los objetos, de los seres humanos y de uno mismo, es decir, a la descripción fiel de los hechos.

Nuestra vecina y su hija

Nuestra vecina es una mujer menos vieja que la abuela. Vive con su hija en la última casa del pueblo. Es una casucha completamente en ruinas, con el tejado agujereado en muchos sitios. Alrededor hay un jardín, pero no está cultivado como el jardín de la abuela. Sólo crecen las malas hierbas.

La vecina está sentada todo el día en un taburete en su jardín y mira al frente, no se sabe qué. Por la tarde, o cuando llueve, su hija la coge por el brazo y la hace entrar en la casa. A veces su hija se olvida o no está, y entonces la madre se queda fuera toda la noche, durante mucho tiempo.

La gente dice que nuestra vecina está loca, que perdió el espíritu cuando el hombre que le hizo la hija la abandonó.

La abuela dice que la vecina sencillamente es una perezosa y que prefiere vivir pobremente en lugar de ponerse a trabajar.

La hija de la vecina no es más alta que nosotros, pero sí algo mayor. Durante el día mendiga por el pueblo, delante de los cafés y en las esquinas de las calles.

En el mercado coge las verduras y las frutas podridas que tira la gente y se los lleva a casa. Roba también todo lo que puede. Hemos tenido que echarla varias veces de nuestro jardín, donde intenta quitarnos fruta y huevos.

Una vez la sorprendemos bebiendo leche, chupando la teta de una de nuestras cabras.

Cuando nos ve, se levanta, se seca la boca con el dorso de la mano, retrocede y dice:

—¡No me hagáis daño!

Añade:

—Corro muy deprisa. No me cogeréis.

La miramos. Es la primera vez que la vemos de cerca. Tiene el labio leporino, bizquea, lleva la nariz llena de mocos y tiene costras amarillas alrededor de los ojos rojos, y las piernas y los brazos cubiertos de pústulas.

Dice:

—Me llaman Cara de Liebre. Me gusta la leche.

Sonríe. Tiene los dientes negros.

—Me gusta la leche, pero lo que más me gusta es chupar la teta. Está buena. Es dura y blanda a la vez.

Nosotros no contestamos. Ella se acerca.

—También me gusta chupar otra cosa.

Adelanta la mano, nosotros retrocedemos. Ella dice:

—¿No queréis? ¿No queréis jugar conmigo? Me gustaría mucho. Sois tan guapos...

Baja la cabeza. Dice:

—Os doy asco.

Nosotros decimos:

—No, no nos das asco.

—Ya lo veo. Sois demasiado jóvenes, demasiado tímidos. Pero conmigo no debéis tener vergüenza.

Os enseñaré juegos muy divertidos.

Le decimos:

—Nosotros no jugamos nunca.

—¿Entonces qué hacéis todo el día?

—Trabajamos y estudiamos.

—Yo mendigo, robo y juego.

—También cuidas a tu madre. Eres una buena hija.

Ella dice, acercándose:

—¿De verdad os lo parece? ¿De verdad?

—Sí. Y si necesitas alguna cosa para tu madre o para ti, no tienes más que pedírnosla. Te daremos fruta, verduras, pescados y leche.

Ella se pone a gritar:

—¡No quiero vuestra fruta, vuestro pescado, vuestra leche! Todo eso lo puedo robar. Lo que quiero es que me queráis. Nadie me quiere. Ni siquiera mi madre. Pero yo tampoco quiero a nadie. ¡Ni a mi madre ni a vosotros! ¡Os odio!

Ejercicio de mendicidad

Nos ponemos ropa sucia y desgarrada, nos quitamos los zapatos, nos ensuciamos la cara y las manos. Vamos a la calle. Nos quedamos quietos y esperamos.

Cuando pasa algún oficial extranjero ante nosotros, levantamos el brazo derecho para saludar y tendemos la mano izquierda. A menudo, el oficial pasa sin detenerse, sin vernos, sin mirarnos.

Al final uno de los oficiales se para. Dice algo en un idioma que no entendemos. Nos hace preguntas. No le respondemos, nos quedamos inmóviles, con un brazo levantado y el otro tendido hacia delante. Entonces se rebusca en los bolsillos, pone una moneda y un trozo de chocolate en nuestras palmas sucias y se va, meneando la cabeza.

Continuamos esperando.

Pasa una mujer. Tendemos la mano. Ella dice:

—Pobres pequeños. No tengo nada que daros.

Nos acaricia el pelo.

Nosotros decimos:

—Gracias.

Otra mujer nos da dos manzanas, otra unas galletas.

Pasa una mujer. Tendemos la mano, ella se detiene y dice:

—¿No os da vergüenza mendigar? Venid a mi casa, tengo trabajos fáciles para vosotros. Cortar leña, por ejemplo, o restregar la azotea. Sois bastante mayores y fuertes para eso. Después, si trabajáis bien, os daré sopa y pan.

Nosotros contestamos:

—No queremos trabajar para usted, señora. No nos apetece comer su sopa ni su pan. No tenemos hambre.

—No queremos trabajar para usted, señora. No nos apetece comer su sopa ni su pan. No tenemos hambre.

Ella pregunta:

—¿Y entonces por qué mendigáis?

—Para saber qué se siente y para observar la reacción de las personas.

Ella grita, al irse:

—¡Golfillos asquerosos! ¡Qué impertinentes!

Al volver a casa, tiramos en la hierba alta que bordea la carretera las manzanas, las galletas, el chocolate y las monedas.

La caricia en el pelo es imposible tirarla.

Cara de Liebre

Pescamos con caña en el río. Cara de Liebre llega corriendo. No nos ve. Se echa en la hierba y se levanta la falda. No lleva bragas. Vemos sus nalgas desnudas y los pelos que tiene entre las piernas. Nosotros todavía no tenemos pelos entre las piernas. Cara de Liebre sí que tiene, pero muy pocos.

Cara de Liebre silba. Llega un perro. Es nuestro perro. Lo coge entre sus brazos, se revuelca con él en la hierba. El perro ladra, se suelta, se sacude y se va corriendo. Cara de Liebre lo llama con voz dulce, acariciándose el sexo con los dedos.

El perro vuelve, husmea varias veces el sexo de Cara de Liebre y se pone a chuparlo.

Cara de Liebre separa las piernas, aprieta la cabeza del perro hacia su vientre con las dos manos. Respira muy fuerte y se retuerce.

El sexo del perro aparece entonces, es cada vez más largo, delgado y rojo. El perro levanta la cabeza e intenta montar a Cara de Liebre.

Cara de Liebre se vuelve, está de rodillas, le tiende el culo al perro. El perro pone sus patas delanteras en la espalda de Cara de Liebre, y sus patas posteriores tiemblan. Va buscando, se acerca cada vez más, se mete entre las piernas de Cara de Liebre, se pega contra sus nalgas. Se mueve muy rápido de delante atrás.

Cara de Liebre grita y, al cabo de un momento, cae de bruces.

El perro se aleja lentamente.

Cara de Liebre se queda echada un tiempo y después se levanta, nos ve y se sonroja. Grita:

—¡Espías, marranos! ¿Qué habéis visto?

Nosotros le respondemos:

—Te hemos visto jugar con nuestro perro.

Pregunta entonces:

—¿Sigo siendo amiga vuestra?

—Sí. Te dejamos jugar con nuestro perro todo lo que quieras.

—¿Y no le diréis a nadie lo que habéis visto?

—No se lo diremos nunca a nadie. Puedes confiar en nosotros.

Ella se sienta en la hierba y llora.

—Sólo me quieren los animales.

Le preguntamos:

—¿Es verdad que tu madre está loca?

—No. Sólo está sorda y ciega.

—¿Qué le pasó?

—Nada. Nada especial. Un día se quedó ciega, y después se quedó sorda. Dice que a mí me pasará lo mismo. ¿Habéis visto mis ojos? Por la mañana cuando me levanto tengo las pestañas pegadas, y los ojos llenos de pus.

Nosotros decimos:

—Eso es una enfermedad que seguramente puede curar la medicina.

Ella dice:

—Quizá. Pero, ¿cómo ir al médico sin dinero? De todos modos, ya no hay médicos. Están todos en el frente.

Y le preguntamos:

—¿Y los oídos? ¿Te duelen los oídos?

—No, con los oídos no tengo ningún problema. Y creo que mi madre tampoco. Finge no oír nada, eso le conviene cuando yo le hago preguntas.

Ejercicio de ceguera y de sordera

Uno de nosotros hace de ciego, el otro de sordo. Para entrenarnos, al principio, el ciego se ata una pañoleta negra de la abuela ante los ojos, y el sordo se taponan los oídos con hierba. La pañoleta huele mal, igual que la abuela.

Nos damos la mano y vamos a pasearnos cuando hay alerta, cuando la gente se oculta en las bodegas y las calles están desiertas.

El sordo describe lo que ve:

—La calle es recta y larga. Está bordeada de casas bajas, sólo planta. Son de color blanco, gris, rosa, amarillo y azul. Al final de la calle se ve un parque con árboles y una fuente. El cielo está azul, con algunas nubes blancas. Se ven aviones. Cinco bombarderos. Vuelan bajo.

El ciego habla lentamente para que el sordo pueda leer sus labios:

—Oigo los aviones. Producen un ruido entrecortado y profundo. Su motor sufre. Van cargados de bombas. Ahora ya han pasado. Oigo de nuevo los pájaros.

Si no, todo estaría silencioso.

El sordo lee los labios del ciego y responde:

—Sí, la calle está vacía.

El ciego dice:

—No por mucho tiempo. Oigo unos pasos que se acercan por la calle lateral, a la izquierda.

—Tienes razón. Aquí está, es un hombre.

El ciego pregunta:

—¿Cómo es?

El sordo responde:

—Como todos. Pobre, viejo.

—Ya lo sé. Reconozco el paso de los viejos. Oigo también que va descalzo, luego es pobre.

—Es calvo. Lleva una guerrera antigua del ejército. Lleva los pantalones demasiado cortos. Lleva los pies sucios.

—¿Y los ojos?

—No se los veo. Mira hacia el suelo.

—¿Y la boca?

—Los labios demasiado hundidos. No debe de tener dientes.

—¿Y las manos?

—En los bolsillos. Los bolsillos son enormes, llenos de algo. Quizá de patatas, o de nueces, porque forman pequeños bultos. Levanta la cabeza, nos mira. Pero no puedo distinguir el color de sus ojos.

—¿No ves nada más?

—Unas arrugas, profundas como cicatrices, en su rostro.

El ciego dice:

—Oigo las sirenas. Es el fin de la alerta. Volvamos.

Más tarde, con el tiempo, ya no tenemos necesidad de pañoleta para los ojos ni de hierba para los oídos. El que hace de ciego sencillamente vuelve la mirada hacia el interior, y el sordo cierra los oídos a todos los ruidos.

El desertor

Encontramos un hombre en el bosque. Un hombre vivo, joven, sin uniforme. Está echado detrás de un arbusto. Nos ve y no se mueve.

Le preguntamos:

—¿Por qué está ahí echado?

Él responde:

—No puedo andar más. Vengo del otro lado de la frontera. Llevo andando dos semanas. Día y noche. Sobre todo por la noche. Ahora estoy demasiado débil. Tengo hambre. No he comido nada desde hace tres días.

Le preguntamos:

—¿Por qué no lleva uniforme? Todos los hombres jóvenes llevan uniforme. Todos son soldados.

Él responde:

—Yo ya no quiero ser soldado.

—¿No quiere combatir más al enemigo?

—No quiero combatir a nadie. No tengo enemigos. Quiero volver a mi casa.

—¿Y dónde está su casa?

—Todavía está lejos. No llegaré si no encuentro nada de comer.

Le preguntamos:

—¿Por qué no va a comprar algo de comer? ¿No tiene dinero?

—No, no tengo dinero, y no quiero que me vean. Debo esconderme. Es preciso que no me vean.

—¿Por qué?

—He dejado mi regimiento sin permiso. He huido. Soy un desertor. Si me encuentran, me fusilarán o me colgarán.

Le preguntamos:

—¿Como a un asesino?

—Sí, exactamente, como a un asesino.

—Y sin embargo usted no quiere matar a nadie. Sólo quiere volver a su casa.

—Sí, sólo quiero volver a mi casa.

Le preguntamos:

—¿Qué quiere que le traigamos de comer?

—Cualquier cosa.

—¿Leche de cabra, huevos duros, pan, fruta?

—Sí, sí, cualquier cosa.

Le preguntamos:

—¿Y una manta? Las noches son frías y llueve a menudo.

Él responde:

—Sí, pero sobre todo que no os vean. Y no le diréis nada a nadie, ¿verdad? Ni siquiera a vuestra madre.

Le decimos:

—No nos verán, no le diremos jamás nada a nadie, y no tenemos madre.

Cuando volvemos con la comida y la manta, dice:

—Sois muy amables.

Le decimos:

—No queríamos ser amables. Sólo le hemos traído estos objetos porque usted los necesitaba. Nada más.

Pero él dice:

—No sé cómo daros las gracias. No os olvidaré nunca.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

Le decimos:

—¿Sabe? Llorar no sirve de nada. Nosotros no lloramos nunca. Sin embargo, todavía no somos hombres, como usted.

Él sonrío y dice:

—Tenéis razón. Perdonadme, no lo haré más. Era debido al agotamiento.

Ejercicio de ayuno

Anunciamos a la abuela:

—Hoy y mañana no comeremos. Sólo beberemos agua.

Ella se encoge de hombros.

—A mí qué me importa. Pero trabajaréis como siempre.

—Naturalmente, abuela.

El primer día ella mata un pollo y lo asa al horno. Al mediodía, nos llama:

—¡Venid a comer!

Vamos a la cocina, huele muy bien. Tenemos un poco de hambre, pero no demasiado. Miramos cómo corta la abuela el pollo.

Ella dice:

—Qué bien huele. ¿No notáis lo bien que huele? ¿Queréis una pata cada uno?

—No queremos nada, abuela.

—Es una lástima, porque está muy bueno, de verdad.

Come con las manos, se chupa los dedos y se los seca en el delantal. Roe y chupa los huesos.

Dice:

—Muy tierno este pollito. No puedo imaginar nada mejor.

Nosotros decimos:

—Abuela, desde que estamos en tu casa nunca habías hecho pollo para nosotros.

—Pues hoy lo he hecho. Sólo tenéis que comer.

—Sabías que no queríamos comer nada ni hoy ni mañana.

—Eso no es culpa mía. Es otra de vuestras estupideces.

—Es uno de nuestros ejercicios. Para acostumbrarnos a soportar el hambre.

—Entonces, acostumbraos. Nadie os lo impide.

Salimos de la cocina y vamos a hacer los trabajos del jardín. Hacia el final de la jornada tenemos muchísimo hambre. Bebemos mucha agua. Por la noche nos cuesta mucho dormir. Soñamos con comida.

Al día siguiente al mediodía, la abuela se acaba el pollo. La contemplamos comer en una especie de neblina. Ya no tenemos hambre. Ahora tenemos vértigo.

Por la noche, la abuela hace crepes con mermelada y queso blanco. Tenemos náuseas y calambres en el estómago, pero una vez acostados caemos en un sueño profundo. Cuando nos levantamos, la abuela ya se ha ido al mercado. Queremos desayunar, pero no hay nada de comer en la cocina. Ni pan, ni leche, ni queso. La abuela lo ha guardado todo en la bodega. Podríamos abrirla, pero

decidimos no tocar nada. Comemos unos tomates y unos pepinos crudos con sal.

La abuela vuelve del mercado, y nos dice:

—No habéis hecho vuestro trabajo esta mañana.

—Habríais tenido que despertarnos, abuela.

—Tendríais que despertaros solos. Pero, excepcionalmente, os voy a dar de comer de todos modos.

Nos hace una sopa de verduras con los restos del mercado, como de costumbre. Comemos poco.

Después de la comida, la abuela dice:

—Es un ejercicio estúpido. Y malo para la salud.

La tumba del abuelo

Un día, vemos a la abuela salir de casa con su regadera y las herramientas del huerto. Pero en lugar de ir a la viña, toma otra dirección. La seguimos de lejos para saber adónde va.

Entra en el cementerio. Se detiene ante una tumba y deja las herramientas. El cementerio está desierto, sólo estamos la abuela y nosotros.

Escondiéndonos detrás de los arbustos y los monumentos funerarios, nos acercamos cada vez más.

La abuela tiene la vista baja y el oído malo. Podemos observarla sin que se dé cuenta.

Arranca las malas hierbas de la tumba, cava con una pala, rastrilla la tierra, planta unas flores, va a buscar agua al pozo, viene y riega la tumba.

Cuando acaba su trabajo, ordena sus herramientas, después se arrodilla ante la cruz de madera, pero sentándose sobre los talones. Une las manos sobre el vientre como si fuese a rezar una plegaria, pero sobre todo oímos insultos:

—Basura... cabrón... cerdo... canalla... maldito...

Cuando la abuela se va, vamos a ver la tumba: está muy bien cuidada. Miramos la cruz. El apellido que está escrito es el de nuestra abuela, y también el de soltera de nuestra madre. El nombre es doble, con un guión entre ambos nombres, y esos dos nombres son los nuestros.

Sobre la cruz vemos también una fecha de nacimiento y de muerte. Calculamos que el abuelo murió a la edad de cuarenta y cuatro años, hace ya veintitrés.

Por la noche le preguntamos a la abuela:

—¿Cómo era nuestro abuelo?

Ella dice:

—¿Cómo? ¿Qué? Vosotros no tenéis abuelo.

—Pero teníamos uno antes.

—No, nunca. Cuando nacisteis él ya había muerto. De modo que nunca tuvisteis abuelo.

Preguntamos:

Preguntamos:

—¿Por qué le envenenaste?

Ella nos pregunta:

—¿Qué historia es ésta?

—La gente dice que envenenaste al abuelo.

—La gente dice, la gente dice... Que digan lo que quieran.

—¿No le envenenaste?

—¡Dejadme en paz, hijos de perra! ¡No se demostró nada! La gente dice tonterías.

Pero nosotros decimos:

—Sabemos que no querías al abuelo. Entonces, ¿por qué cuidas su tumba?

—¡Justamente por eso! Por lo que dice la gente. Para que dejen de hablar y hablar. ¿Y cómo sabéis que yo cuido su tumba, eh? ¡Me habéis espiado, hijos de perra, me habéis espiado! ¡Malditos seáis!

Ejercicio de crueldad

Es domingo. Cogemos un pollo y le cortamos el cuello como hemos visto hacer a la abuela. Llevamos el pollo a la cocina y decimos:

—Hay que prepararlo, abuela.

Ella se pone a gritar:

—¿Quién os ha dado permiso? ¡No tenéis derecho! ¡Soy yo quien manda aquí, mocosos! ¡No lo cocinaré! ¡Antes reviento!

Nosotros decimos:

—Da lo mismo. Lo cocinaremos nosotros.

Empezamos a desplumar el pollo, pero la abuela nos lo quita de las manos.

—¡No sabéis hacerlo! ¡Sinvergüenzas, la desgracia de mi vida, un castigo de Dios, eso es lo que sois!

Mientras se hace el pollo, la abuela llora.

—Era el más bonito. Han cogido a propósito el más bonito. Estaba ya listo para el mercado del martes.

Y al comernos el pollo, nosotros decimos:

—Está muy bueno este pollo. Nos comeremos uno cada domingo.

—¿Cada domingo? ¿Estáis locos? ¿Queréis arruinarme?

—Nos comeremos un pollo cada domingo, lo quieras o no.

La abuela se vuelve a echar a llorar.

—Pero, ¿qué les habré hecho yo? ¡Qué perra vida! Quieren matarme. Una pobre vieja indefensa. No me merezco esto. ¡Yo que me he portado tan bien con ellos!

—Sí, abuela, eres buena, muy buena. Y debido a tu bondad nos cocinarás un pollo cada domingo.

Cuando se calma un poco le decimos:

—Cuando haya que matar a algún animal, nos llamas. Lo haremos nosotros.

Ella dice:

—Os gusta, ¿eh?

—No, abuela, justamente, no nos gusta. Y por eso tenemos que acostumbrarnos.

Ella dice:

—Ya lo entiendo. Es un nuevo ejercicio. Tenéis razón. Hay que saber matar cuando es necesario.

Empezamos por los peces. Los cogemos por la cola y les golpeamos la cabeza contra una piedra.

Nos acostumbramos rápido a matar a los animales

destinados a ser comidos: pollos, conejos, patos. Más tarde, matamos animales que no sería necesario matar. Atrapamos ranas, las clavamos en una tabla y les abrimos el vientre. También cogemos mariposas y las pinchamos en un cartón. Pronto tenemos una bonita colección.

Un día colgamos en la rama de un árbol a nuestro gato, un macho rojizo. Colgado, el gato se estira y se vuelve enorme. Tiene espasmos, convulsiones. Cuando ya no se mueve, lo descolgamos. Queda echado sobre la hierba, inmóvil, y después, bruscamente, se levanta y huye.

Después lo vemos a veces de lejos, pero ya no se acerca a la casa. No viene ni siquiera a beberse la leche que le ponemos delante de la puerta en un platito.

La abuela nos dice:

—Ese gato cada vez se vuelve más salvaje.

Nosotros decimos:

—No te preocupes, abuela, ya nos ocuparemos nosotros de las ratas.

Fabricamos trampas y las ratas que caen en ellas las ahogamos en agua hirviendo.

Los otros niños

Conocemos a otros niños en el pueblo. Como la escuela está cerrada, están fuera todo el día. Hay mayores y pequeños. Algunos tienen aquí su casa y su madre, otros vienen de lejos, como nosotros. Sobre todo de la ciudad.

Muchos de esos niños están en casa de personas a las que antes no conocían. Deben trabajar en los campos y las viñas; la gente que las cuida no siempre es amable con ellos.

Los niños mayores a menudo atacan a los más pequeños. Les cogen todo lo que llevan en los bolsillos, y a veces incluso les quitan la ropa. También les pegan, sobre todo a los que vienen de fuera. Los niños de aquí están protegidos por su madre y jamás salen solos.

A nosotros no nos protege nadie. De modo que aprendemos a defendernos de los mayores.

Nos fabricamos armas: afilamos piedras, llenamos de arena y grava unos calcetines. Tenemos también una navaja de afeitar, encontrada en el baúl del desván,

al lado de la Biblia. Nos basta con sacar nuestra navaja para que los mayores salgan corriendo.

Un día de calor estamos sentados al lado de la fuente donde la gente que no tiene pozo viene a buscar agua. Cerca, dos chicos mayores que nosotros están echados en la hierba. Se está fresco aquí, debajo de los árboles, al lado del agua que corre sin cesar.

Llega Cara de Liebre con un cubo que pone debajo del caño de la fuente, que deja correr un delgado hilo de agua. Espera que se llene su cubo.

Cuando el cubo está lleno, uno de los chicos se levanta y le escupe dentro. Cara de Liebre vuelve a poner el cubo una vez enjuagado en la fuente. No espera a que el cubo esté lleno, lo llena sólo a medias y, rápidamente, intenta huir.

Uno de los chicos corre tras ella, la coge por el brazo y escupe en el cubo.

Cara de Liebre dice:

—¡Dejadme ya! Tengo que llevarme agua limpia y potable.

El chico dice:

—El agua está limpia. Sólo he escupido dentro. ¿No estarás diciendo que mi saliva está sucia? Mi saliva está más limpia que todo lo que tienes tú en tu casa.

Cara de Liebre vacía su cubo y llora.

El chico se abre la bragueta y dice:

—¡Chupa! Si me la chupas, te dejaremos llenar el cubo.

Cara de Liebre se agacha. El chico retrocede.

—¿Crees que voy a meter mi picha en tu boca asquerosa? ¡Guarra!

Le da una patada en el pecho a Cara de Liebre y se cierra la bragueta.

Nos acercamos. Levantamos a Cara de Liebre, le cogemos el cubo, lo enjuagamos bien y lo ponemos debajo del caño de la fuente.

Uno de los chicos dice a los otros dos:

—Venid, vamos a divertirnos a otro sitio.

Otro dice:

—¿Estás loco? Ahora es cuando vamos a empezar a reírnos.

El primero dice:

—¡Déjalo! Los conozco. Son peligrosos.

—¿Peligrosos? ¿Esos pequeñajos? Yo acabaré con ellos. ¡Vais a ver!

Viene hacia nosotros, quiere escupir en el cubo, pero uno de nosotros le pone la zancadilla y el otro le golpea en la cabeza con un saquito de arena. El chico cae. Queda en el suelo, tumbado. Los otros dos nos miran. Uno de ellos da un paso hacia nosotros. El otro dice:

—¡No metas la pata! Esos cabrones son capaces de todo. Una vez me abrieron la sien con una

pedra. Tienen una navaja también y la usan a la mínima ocasión. Te degollarán sin escrúpulos.

Están completamente locos.

Los chicos se van.

Le pasamos el cubo lleno a Cara de Liebre. Ella nos pregunta:

—¿Por qué no me habéis ayudado enseguida?

—Queríamos ver cómo te defendías.

—¿Qué habría podido hacer contra tres grandotes?

—Echarles el cubo a la cabeza, arañarles la cara, darles patadas en los huevos, gritar, chillar. O bien huir y volver más tarde.

El invierno

Cada vez hace más frío. Buscamos en nuestras maletas y nos ponemos encima casi todo lo que encontramos: varios jerséis, varios pantalones. Pero no podemos ponernos un par de zapatos más encima de nuestros zapatos de ciudad, gastados y agujereados. Y además no tenemos otros. No tenemos tampoco guantes, ni gorros. Tenemos las manos y los pies llenos de sabañones.

El cielo es de color gris oscuro, las calles del pueblo están vacías, el río está helado, el bosque cubierto de nieve. No podemos ir por allí. Pero pronto nos quedaremos sin leña.

Le decimos a la abuela:

—Nos harían falta dos pares de botas de goma.

Ella responde:

—¿Y qué más? ¿De dónde queréis que saque el dinero?

—Abuela, casi no hay leña.

—Sólo tenemos que ahorrar.

Ya no salimos. Hacemos toda clase de ejercicios, tallamos objetos de madera, cucharas, tablas para cortar el pan, y estudiamos hasta tarde, por la noche. La abuela está casi todo el tiempo en su cama. Apenas sale a la cocina. Estamos tranquilos.

Comemos mal, ya no hay ni verduras ni frutas, las gallinas ya no ponen. La abuela saca todos los días unas cuantas judías secas y algunas patatas de la bodega, que sin embargo está llena de carnes ahumadas y de frascos de mermeladas.

A veces viene el cartero. Hace sonar el timbre de su bicicleta hasta que la abuela sale de casa. Entonces el cartero chupa su lápiz, escribe una cosa en un trocito de papel, le tiende el papel y el lápiz a la abuela, que traza una cruz en la parte baja del papel. El cartero le da dinero, un paquete o una carta, y se vuelve a ir hacia la ciudad, silbando.

La abuela se encierra en la habitación con el paquete o con el dinero. Si hay una carta, la echa al fuego.

Le preguntamos:

—Abuela, ¿por qué tiras la carta sin leerla?

Ella responde:

—No sé leer. Nunca fui a la escuela, no he hecho otra cosa que trabajar. No me mimaron como a vosotros.

—Nosotros podríamos leerte las cartas que recibes.

—Nadie debe leer las cartas que yo recibo.

Le preguntamos:

—¿Quién envía el dinero? ¿Quién envía los paquetes? ¿Quién envía las cartas?

—¿Quién envía el dinero? ¿Quién envía los paquetes? ¿Quién envía las cartas?

Ella no responde.

Al día siguiente, mientras está en la bodega, registramos su habitación. Debajo de su cama

encontramos un paquete abierto. Hay jerséis, bufandas, gorros, guantes. No le decimos nada a la abuela, porque comprendería que tenemos una llave que abre su habitación.

Después de la cena, esperamos. La abuela se bebe su aguardiente y después, tambaleante, va a abrir la puerta de su habitación con la llave que lleva colgando de la cintura. La seguimos, la empujamos. Caer de espaldas encima de la cama. Fingimos que buscamos y encontramos el paquete. Le decimos:

—Esto no está bien, abuela. Tenemos frío, no tenemos ropa abrigada, no podemos salir, y tú quieres vender todo lo que nuestra madre ha tejido para nosotros y nos ha enviado.

La abuela no responde, está llorando.

Le decimos:

—Es nuestra madre quien envía el dinero, es nuestra madre quien te escribe cartas.

La abuela dice:

—No me escribe a mí. Sabe muy bien que yo no sé leer. Ella no me había escrito nunca antes. Ahora que vosotros estáis aquí, escribe. ¡Pero yo no necesito sus cartas! ¡No necesito nada que venga de ella!

El cartero

A partir de entonces, esperamos al cartero en la puerta del jardín. Es un vejete con una gorra. Lleva una bicicleta con unas carteras de cuero unidas al portaequipajes.

Cuando llega, no le damos ni tiempo de tocar el timbre: rápidamente, se lo quitamos.

Él dice:

—¿Dónde está vuestra abuela?

Nosotros le decimos:

—No se preocupe por ella. Denos lo que trae.

Él dice:

—No hay nada.

Quiere irse, pero nosotros le empujamos. Se cae en la nieve. La bici se le cae encima. Dice una palabrota.

Registramos sus carteras y encontramos una carta y un giro postal. Cogemos la carta y decimos:

—¡Denos el dinero!

Él dice:

—No. Está dirigido a vuestra abuela.

—Pero es para nosotros. Es nuestra madre quien nos lo manda. Si no nos lo da, no dejaremos que se levante hasta que se quede muerto de frío.

Él dice:

—Vale, vale. Ayudadme a levantarme, tengo una pierna aplastada debajo de la bicicleta.

Levantamos la bicicleta y ayudamos al cartero a levantarse. Es muy delgado y ligero.

Saca el dinero de uno de sus bolsillos y nos lo da.

Le preguntamos:

—¿Quiere una firma o una cruz?

Él dice:

—Con la cruz ya vale. Una cruz es igual que otra.

Y añade:

—Tenéis razón en defenderos. Todo el mundo conoce a vuestra abuela. No hay nadie más avara que ella. ¿Entonces es vuestra mamá quien os envía todo esto? Es muy buena. Yo la conocí de pequeña. Hizo bien en irse. Jamás habría podido casarse aquí. Con todos esos chismes...

Le preguntamos:

—¿Qué chismes?

—Como que ella envenenó a su marido. Quiero decir que vuestra abuela envenenó a vuestro abuelo. Es una historia muy antigua. De ahí viene que se la apode la Bruja.

Nosotros decimos:

—No queremos que se hable mal de la abuela.

El cartero da la vuelta a su bici.

—Bueno, bueno, pero teníais que saberlo.

Nosotros decimos:

—Ya lo sabíamos. A partir de ahora, sólo nos entregará el correo a nosotros. Si no, le mataremos.

¿Lo ha entendido?

El cartero dice:

—¡Seríais capaces, aprendices de criminales! Os traeré vuestro correo, a mí me da igual. ¿A mí qué me importa la Bruja?

Y se va en su bicicleta. Arrastra un poco la pierna para demostrar que le hemos hecho daño.

Al día siguiente, bien vestidos y calentitos, vamos al pueblo a comprarnos unas botas de goma con el dinero que nos ha enviado nuestra madre. Su carta la llevamos debajo de la camisa, por turnos.

El zapatero

El zapatero vive y trabaja en el sótano de una casa junto a la estación. La sala es amplia. En un rincón tiene la cama, en otro la cocina. Su taller está ante la ventana, que llega a ras de suelo. El zapatero está sentado en un taburete bajo, rodeado de zapatos y de utensilios. Nos mira por encima de las gafas; mira nuestra ventana, que llega a ras de suelo. El zapatero está sentado en un taburete bajo, rodeado de zapatos y de utensilios. Nos mira por encima de las gafas; mira nuestros zapatos de charol, llenos de grietas.

Decimos:

—Buenos días, señor. Querríamos unas botas de goma impermeables y muy calientes. ¿Las vende usted? Tenemos dinero.

Él dice:

—Sí, las vendo. Pero las forradas, las más calientes, son muy caras.

Nosotros decimos:

—Las necesitamos muchísimo. Pasamos mucho frío en los pies.

Ponemos encima de la mesa baja el dinero que tenemos.

El zapatero dice:

—Sólo da para un par. Pero podéis tener suficiente con un par. Calzáis el mismo número. Cada uno puede salir por turnos.

—No es posible. No salimos jamás el uno sin el otro. Siempre vamos juntos a todas partes.

—Pedidle más dinero a vuestros padres.

—No tenemos padres. Vivimos en casa de nuestra abuela, la llaman la Bruja. Ella no nos dará dinero.

—¿La Bruja es vuestra abuela? ¡Pobrecillos! ¿Y habéis venido desde su casa hasta aquí con esos zapatos?

—Sí, con estos zapatos. No podemos pasar el invierno sin botas. Debemos ir a buscar leña al bosque, debemos quitar la nieve. Necesitamos muchísimo...

—Dos pares de botas calientes e impermeables.

El zapatero ríe y nos tiende dos pares de botas.

—Probaoslas.

Nos las probamos; nos van muy bien.

Decimos:

—Nos las quedamos. Le pagaremos el segundo par en primavera cuando vendamos pescado y huevos. O si lo prefiere le traeremos leña.

El zapatero nos devuelve nuestro dinero:

—Tomad. Cogedlo. No quiero vuestro dinero. Compraos más bien unos buenos calcetines. Os ofrezco esas botas porque las necesitáis muchísimo.

Nosotros decimos:

—No nos gusta recibir regalos.

—¿Y por qué?

—Porque no nos gusta dar las gracias.

—No estáis obligados a decir nada. Podéis iros. No, esperad. Tomad también estas zapatillas, y unas sandalias para el verano, y estos zapatos cerrados también. Son muy resistentes. Coged todo lo que queráis.

—Pero, ¿por qué nos quiere dar todo eso?

—Porque no lo necesito ya. Me voy.

Le preguntamos:

—¿Y adónde va?

—¿Cómo saberlo? Se me llevan de aquí y me matarán.

—¿Quién quiere matarle, y por qué?

—No hagáis más preguntas. Marchaos ahora.

Cogemos los zapatos, las zapatillas, las sandalias. Llevamos las botas puestas. Nos detenemos en la puerta y decimos:

—Esperamos que no se lo lleven. Y si se lo llevan, que no lo maten. Adiós, señor, y gracias, muchas gracias.

Cuando volvemos, la abuela nos pregunta:

—¿Dónde habéis robado todo eso, ladronzuelos?

—No hemos robado nada. Es un regalo. No todo el mundo es tan avaro como tú, abuela.

El robo

Con nuestras botas y nuestra ropa caliente podemos salir de nuevo. Nos deslizamos por la orilla helada, vamos a buscar leña al bosque...

Tomamos un hacha y una sierra. No se puede coger la leña muerta que está caída en el suelo; la capa de nieve es demasiado espesa. Trepamos a los árboles, serramos las ramas muertas y las cortamos con el hacha. Mientras hacemos este trabajo no tenemos frío. Incluso sudamos. Así podemos quitarnos los guantes y metérmolos en los bolsillos, para que no se gasten demasiado pronto.

Un día, al volver con nuestros haces de leña, damos un rodeo para ver a Cara de Liebre.

Nadie ha quitado la nieve que hay delante de la choza, y no conduce a ella ninguna huella de pasos. La chimenea tampoco humea.

Llamamos a la puerta pero nadie nos responde. Entramos. Al principio no vemos nada, de tan oscuro como está, pero los ojos se acostumbran rápido a la oscuridad. Es una habitación que sirve de cocina y de dormitorio. En el rincón más oscuro hay una cama. Nos acercamos. Llamamos. Alguien se mueve debajo de las mantas y los abrigos viejos: surge la cabeza de Cara de Liebre.

Le preguntamos:

—¿Tu madre está ahí?

—Sí.

—¿Está muerta?

—No lo sé.

Dejamos la leña y encendemos fuego en el hogar, porque hace tanto frío dentro de la habitación como fuera. Enseguida vamos a casa de la abuela y en la bodega cogemos unas patatas y unas judías secas. Ordeñamos una cabra y volvemos a casa de la vecina. Calentamos la leche, fundimos nieve en una olla y

—Cuando todo esté hecho, come tú y dale de comer a tu madre. Volveremos.

Con el dinero que nos ha devuelto el zapatero nos hemos comprado unos cuantos pares de calcetines, pero no lo hemos gastado todo. Vamos a un colmado para comprar un poco de harina y coger sal y azúcar sin pagarlos. Vamos también a casa del carnicero, compramos una loncha de tocino pequeña y nos llevamos un salchichón gordo sin pagar. Volvemos a casa de Cara de Liebre. Ella y su madre se lo han comido todo. La madre sigue en la cama, Cara de Liebre lava los platos.

Le decimos:

—Os traeremos un haz de leña todos los días. También unas judías y unas patatas. Para lo demás hará falta dinero. No tenemos más. Sin dinero, no se puede entrar en ninguna tienda. Hay que comprar algo para poder robar otras cosas.

Ella dice:

—Es increíble lo listos que sois. Tenéis razón. A mí no me dejan entrar ya en las tiendas. Nunca habría pensado que vosotros seríais capaces de robar.

Le decimos:

—¿Por qué no? Será nuestro ejercicio de habilidad. Pero nos hace falta un poco de dinero. Es imprescindible.

Ella reflexiona y dice:

—Id a pedírselo al señor cura. Me lo daba a veces si yo aceptaba enseñarle mi rajita.

—¿Te pedía eso?

—Sí. Y a veces me metía el dedo dentro. Y después me daba dinero para que no le dijese nada a nadie. Decidle que Cara de Liebre y su madre necesitan dinero.

El chantaje

Vamos a ver al señor cura. Vive junto a la iglesia en una casa grande que se llama rectoría.

Tiramos del cordón de la campanilla. Una vieja nos abre la puerta:

—¿Qué queréis?

—Queremos ver al señor cura.

—¿Por qué?

—Por alguien que va a morir.

La vieja nos hace entrar en una antesala. Llama a una puerta.

—¡Señor cura —grita—, una extremaunción!

Una voz responde detrás de la puerta:

—Ya voy. Que me esperen.

Esperamos unos minutos. Un hombre alto y delgado con el rostro severo sale de la habitación.

Lleva una especie de capa blanca y dorada encima de la sotana oscura. Nos pregunta:

—¿Dónde es eso? ¿Quién os envía?

—Cara de Liebre y su madre.

Él nos dice:

—Os pregunto el nombre exacto de esa gente.

—Ignoramos su nombre exacto. La madre es ciega y sorda. Viven en la última casa del pueblo. Están a punto de morir de hambre y de frío.

El cura dice:

—Aunque no conozco en absoluto a esas personas, estoy dispuesto a darles la extremaunción. Vamos. Indicadme el camino.

Nosotros decimos:

—Ellas no necesitan la extremaunción todavía. Lo que necesitan es un poco de dinero. Les hemos llevado leña, unas patatas y unas judías secas, pero no podemos hacer más. Cara de Liebre nos ha enviado aquí. Usted le ha dado a veces un poco de dinero.

—Es posible. Doy dinero a muchos pobres. No puedo acordarme de todos. ¡Tomad!

Se busca en los bolsillos bajo la capa y nos da unas monedas. Las cogemos y decimos:

—Es poco. Es muy poco. No hay suficiente ni para comprar una hogaza de pan.

—Lo siento. Hay muchos pobres. Y los fieles casi no dan donativos. Todo el mundo tiene problemas en estos momentos. ¡Id en paz y que Dios os bendiga!

Nosotros decimos:

—Por hoy nos contentamos con este dinero, pero nos veremos obligados a volver mañana.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? ¿Mañana? No os dejaré entrar. Salid de aquí inmediatamente.

—Mañana llamaremos hasta que nos dejen entrar. Golpearemos las ventanas, daremos patadas a su puerta y le contaremos a todo el mundo lo que le hacía usted a Cara de Liebre.

—Yo no le he hecho nunca nada a Cara de Liebre. Ni siquiera sé quién es. Ella os ha contado cosas que se ha inventado. Las fantasías de una niña retrasada no se pueden tomar en serio. Nadie os creará. ¡Todo lo que cuenta es falso!

Nosotros decimos:

—Importa poco si es cierto o falso. Lo esencial es la calumnia. A la gente le encanta el escándalo.

El cura se sienta en una silla, se seca la cara con un pañuelo.

—Es monstruoso. ¿Sabéis lo que estáis a punto de hacer?

—Sí, señor. Chantaje.

—A vuestra edad... Es deplorable.

—Sí, es deplorable que nos veamos obligados a llegar a esto. Pero Cara de Liebre y su madre necesitan dinero, lo necesitan de verdad.

El cura se levanta, se quita la capa y dice:

—Ésta es una prueba que me envía Dios. ¿Cuánto queréis? Yo no soy rico.

—Diez veces la cantidad que nos ha dado. Una vez por semana. No le pedimos nada imposible.

Saca dinero de su bolsillo, nos lo da.

—Venid cada sábado. Pero no imaginéis en absoluto que hago esto por ceder a vuestro chantaje. Lo hago por caridad.

Nosotros decimos:

—Eso es exactamente lo que esperábamos del señor cura.

Acusaciones

Una tarde, el ordenanza entra en la cocina. No le habíamos visto desde hacía mucho tiempo. Dice:

—¿Venir a ayudar a descargar jeep?

Nos ponemos las botas, le seguimos hasta el jeep parado en la carretera ante la puerta del jardín. El ordenanza nos pasa unas cajas y unos paquetes que llevamos a la habitación del oficial.

Le preguntamos:

—¿Vendrá esta noche el señor oficial? No le hemos visto todavía.

El ordenanza dice:

—El oficial no venir aquí invierno. Quizá no volver nunca. Tener pena de amor. Quizá encontrar algún otro, más tarde. Olvidar. Esas historias no ser para vosotros. Vosotros traer leña para calentar habitación.

Traemos madera, hacemos fuego en la pequeña estufa de metal. El ordenanza abre las cajas y los paquetes y pone en la mesa botellas de vino, de aguardiente, de cerveza, y un montón de cosas de comer: salchichones, conservas de carne y de verduras, arroz, galletas, chocolate, azúcar, café...

El ordenanza abre una botella, empieza a beber y dice:

—Yo calentar conservas en escudilla, encima de hornillo de alcohol. Esta noche beber, cantar con compañeros. Celebrar victoria contra enemigo. Nosotros pronto ganar guerra con nueva arma milagrosa.

Le preguntamos:

—Entonces, ¿la guerra acabará pronto?

Él dice:

—Sí. Muy pronto. ¿Por qué mirar así comida en la mesa? Si tener hambre, comer chocolate, galletas, salchichas.

Nosotros decimos:

—Hay muchas personas que se mueren de hambre.

—¿Y qué? No pensar en eso. Muchas gentes morir de hambre o de otra cosa. Nosotros no pensar. Nosotros comer y no morir.

Se ríe. Nosotros decimos:

—Nosotros conocemos a una mujer ciega y sorda que vive cerca de aquí con su hija. No sobrevivirán a este invierno.

—No culpa mía.

—Sí, es culpa tuya. Tuya y de tu país. Vosotros nos habéis traído la guerra.

—Antes de la guerra, ¿cómo hacer para comer la ciega y la hija?

—Antes de la guerra vivían de la caridad. La gente les daba ropa vieja, zapatos viejos, les llevaban comida. Ahora, nadie da nada ya. La gente es pobre, o tienen miedo de convertirse en pobres. La guerra los ha vuelto avaros y egoístas.

El ordenanza grita:

—¡A mí qué importar todo esto! ¡Callar!

—Sí, tú te ríes y te comes nuestra comida.

—No comida vuestra. Yo coger en las reservas del cuartel.

—Todo lo que se encuentra encima de esta mesa proviene de nuestro país: las bebidas, las conservas, las galletas, el azúcar. Nuestro país alimenta a tu ejército.

El ordenanza se pone colorado. Se sienta en la cama y se coge la cabeza entre las manos.

—¿Vosotros creer que yo querer guerra, y venir a vuestra mierda de país? Yo mucho mejor en mi casa, tranquilo, hacer sillas y mesas. Beber vino de mi país,

divertir con chicas amables de mi país. Aquí todos malos y vosotros también, niños. Vosotros decir que todo es culpa mía. Yo, ¿qué poder hacer? Si yo digo que no ir a la guerra, que no venir a vuestro país, yo fusilado. Coger todo vosotros, vamos, coger todo encima de la mesa. La fiesta acabada, yo triste, vosotros malos conmigo.

Nosotros decimos:

—No queremos cogerlo todo, sólo algunas conservas y un poco de chocolate. Pero podrías traer de vez en cuando, al menos durante el invierno, leche en polvo, harina o alguna otra cosa para comer.

Él dice:

—Bien. Eso sí poder. Vosotros venir conmigo mañana a casa de la ciega. Pero buenos conmigo, después. ¿Sí?

Decimos:

—Sí.

El ordenanza se ríe. Llegan sus amigos. Nos vamos. Les oímos cantar toda la noche.

La sirvienta de la rectoría

Una mañana, hacia el final del invierno, estamos sentados en la cocina con la abuela. Lllaman a la puerta y entra una mujer joven. Dice:

—Buenos días. Vengo a buscar unas patatas para...

Deja de hablar y nos mira.

—¡Son encantadores!

Coge un taburete y se sienta.

—Ven aquí tú.

No nos movemos.

—O tú.

—O tú.

No nos movemos. Ella se ríe.

—Pero venid, venid, acercaos. ¿Os doy miedo?

Nosotros decimos:

—No tenemos miedo a nadie.

Nos acercamos a ella. Dice:

—¡Dios mío! ¡Pero qué guapos sois! ¡Y qué sucios vais!

La abuela pregunta:

—¿Qué es lo que quieres?

—Patatas para el señor cura. ¿Por qué estáis tan sucios? ¿No os laváis nunca?

La abuela dice, molesta:

—Eso no te importa. ¿Por qué no ha venido la vieja?

La joven se echa de reír de nuevo.

—¿La vieja? Era más joven que usted. Pero es que se murió ayer. Era mi tía. Yo la reemplazo en la rectoría.

La abuela dice:

—Tenía cinco años más que yo. Así que ha muerto... ¿Cuántas patatas quieres, pues?

—Diez kilos, o más si tiene. Y también manzanas. Y también... ¿Qué más le queda? El cura está delgado como un huso, y no tiene nada en la despensa.

La abuela dice:

—Tenía que haberlo pensado en otoño.

—En otoño yo todavía no estaba en su casa. Llegué ayer por la tarde.

La abuela dice:

—Te advierto que en esta época del año todo lo que se come está caro.

La joven ríe más aún.

—Ponga un precio. No tenemos elección. No hay casi nada en las tiendas.

—Y pronto no habrá nada más en ninguna parte.

La abuela suelta una risita y sale. Nosotros nos quedamos solos con la sirvienta del cura. Ella nos pregunta:

—¿Por qué no os laváis nunca?

—Aquí no hay cuarto de baño ni jabón. No hay posibilidad de lavarse.

—¡Y vuestra ropa! ¡Qué horror! ¿No tenéis otra?

—Tenemos más en las maletas, debajo del banco. Pero está sucia y desgarrada. La abuela no nos la

lava nunca.

—¿Así que la Bruja es vuestra abuela? ¡Verdaderamente, existen los milagros!

La abuela vuelve con dos sacos:

—Serán diez piezas de plata o una pieza de oro. No acepto billetes. Pronto no tendrán ningún valor, es sólo papel.

La sirvienta pregunta:

—¿Qué hay en los sacos?

La abuela responde:

—Comida. La tomas o la dejas.

—La tomo. Le traeré el dinero mañana. ¿No podrían ayudarme los pequeños a llevar los sacos?

—Pueden, si quieren. No siempre quieren. No obedecen a nadie.

La sirvienta nos lo pide:

—Pero vosotros sí que queréis, ¿verdad? Cada uno llevará un saco y yo llevaré vuestras maletas.

La abuela pregunta:

—¿Qué es esa historia de las maletas?

—Voy a lavarles la ropa sucia. Se la traeré mañana, con el dinero.

La abuela ríe.

—¿Lavarles la ropa? Bueno, si eso te divierte...

Nos vamos con la sirvienta. Caminamos detrás de ella hasta la rectoría. Vemos sus dos trenzas rubias danzar sobre su chal negro, unas trenzas espesas y largas. Le llegan a la cintura. Sus caderas se mueven bajo la falda roja. Se le puede ver un trocito de pierna entre la falda y las botas. Las medias son negras y en la de la derecha se le ha corrido un punto.

El baño

Llegamos a la rectoría con la sirvienta. Nos hace entrar por la puerta de atrás. Dejamos los sacos en la despensa y vamos al lavadero. Allí hay cuerdas por todas partes para tender la ropa. Hay también recipientes de todas clases, entre ellos una bañera de cinc de una forma muy rara, como si fuese un sillón hondo.

La sirvienta abre nuestras maletas, pone a remojar nuestra ropa en agua fría y después enciende el fuego para calentar el agua en dos calderos grandes. Dice:

—Lavaré ahora mismo todo lo que necesitéis de inmediato. Mientras os bañáis, se secará. Os llevaré el resto de la ropa mañana o pasado mañana. Habrá que repararla también.

Echa agua hirviendo en la bañera y añade agua fría.

—Vamos, ¿quién empieza?

No nos movemos. Ella dice:

—¿Serás tú, o tú? ¡Vamos, desnudaos!

Le preguntamos:

—¿Te vas a quedar aquí mientras nos bañamos?

Ella se ríe muy fuerte.

—¡Pues claro que me voy a quedar aquí! Y además os frotaré la espalda y os lavaré el pelo. No os dará vergüenza desnudaros delante de mí... Casi podría

—¡Pues claro que me voy a quedar aquí! Y además os frotaré la espalda y os lavaré el pelo. No os dará vergüenza desnudaros delante de mí... Casi podría

ser vuestra madre.

Seguimos sin movernos. Entonces ella empieza a desnudarse.

—Peor para vosotros. Empezaré yo. Veis, a mí no me da vergüenza desnudarme. Sólo sois unos niños.

Canturrea, pero su cara enrojece cuando se da cuenta de que la miramos. Tiene los senos duros y puntiagudos como globos que no se hubiesen acabado de hinchar. Su piel es muy blanca y tiene muchos pelos rubios por todas partes. No sólo entre las piernas y debajo de los brazos, sino también en la tripa y los muslos.

Sigue cantando en el agua, frotándose con un guante de baño. Cuando sale del baño, se pone un albornoz enseguida. Cambia el agua de la bañera y empieza a lavar la ropa dándonos la espalda. Entonces nosotros nos desnudamos y nos metemos juntos en el baño. Hay espacio de sobras para los dos.

Al cabo de un cierto tiempo la sirvienta nos tiende dos lienzos grandes y blancos.

—Espero que os hayáis frotado bien por todas partes.

Nos sentamos en un banco, envueltos en los lienzos, esperando que se seque nuestra ropa. El lavadero está lleno de vapor y hace mucho calor. La sirvienta se acerca con unas tijeras.

—Voy a cortaros las uñas. Y dejad de hacer aspavientos, no os voy a comer.

Nos corta las uñas de las manos y de los pies. Nos corta también el pelo. Nos besa en la cara y en el cuello, y no deja de hablar.

—¡Ah! ¡Estos piecitos tan bonitos, tan chiquititos y tan limpios! ¡Ah! ¡Estas orejitas encantadoras, este cuello tan suavcito, tan suavcito! ¡Ah! ¡Cómo me gustaría tener dos niños tan guapos, tan monos, sólo para mí! Les haría cosquillas por todas partes, por aquí, por aquí...

Nos acaricia y nos besa todo el cuerpo. Nos hace cosquillas con la lengua en el cuello, debajo de los brazos, entre las nalgas. Se arrodilla delante del banco y nos chupa los sexos, que se hinchan y se endurecen en su boca.

Ahora está sentada entre los dos y nos aprieta contra su cuerpo.

—Si tuviera dos niñitos tan guapísimos, les daría para beber lechecita rica, bien dulcecita, mira, así, así.

Atrae nuestras cabezas hacia sus senos, que sobresalen del albornoz, y chupamos los bultitos rosados que se han puesto muy duros. La sirvienta se mete las manos bajo el albornoz y se frota entre las piernas:

—¡Qué lástima que no seáis un poco mayores! ¡Ah! ¡Qué bien, qué bien, cómo me gusta jugar con vosotros!

Suspira, jadea, y después, bruscamente, se pone tiesa.

Cuando nos vamos, nos dice:

—Volved todos los sábados a bañaros. Traed vuestra ropa sucia. Quiero que estéis siempre limpios.

Nosotros decimos:

—Te traeremos leña a cambio de tu trabajo. Y peces, y setas, cuando haya.

El cura

Al sábado siguiente volvemos a tomar nuestro baño.

Después, la sirvienta nos dice:

—Venid a la cocina. Voy a hacer té y comeremos pan con mantequilla.

Estamos a punto de comernos las rebanadas de pan con mantequilla cuando entra el cura en la cocina.

Decimos:

—Buenos días, señor.

La sirvienta dice:

—Padre, éstos son mis protegidos. Los nietecitos de la anciana a la que la gente llama la Bruja.

El cura dice:

—Ya los conozco. Venid conmigo.

Le seguimos. Atravesamos una habitación donde no hay más que una mesa redonda rodeada de sillas y un crucifijo en la pared. Después, entramos en una habitación oscura donde las paredes están cubiertas de libros hasta el techo. Frente a la puerta, un reclinador con un crucifijo; junto a la ventana, un escritorio; en un rincón, una cama estrecha, y tres sillas colocadas junto a la pared. Ése es todo el mobiliario de la habitación.

El cura dice:

—Habéis cambiado mucho. Ahora estáis limpios. Parecéis dos angelitos. Sentaos.

Lleva dos sillas frente a su escritorio y nosotros nos sentamos. Él se sienta detrás del escritorio y nos tiende un sobre.

—Aquí tenéis el dinero.

Al coger el sobre, decimos:

—Pronto podrá dejar de dárnoslo. En verano Cara de Liebre se las arregla sola.

El cura dice:

—No. Seguiré ayudando a esas dos mujeres. Me da vergüenza no haberlo hecho antes. Y ahora, ¿hablamos de otro tema?

Nos mira, nosotros callamos. Dice:

—No os veo nunca en la iglesia.

—No vamos.

—¿Rezáis a veces?

—No, no rezamos.

—Pobres ovejitas. Yo rezaré por vosotros. ¿Sabéis leer, al menos?

—Sí, señor. Sabemos leer.

El cura nos tiende un libro.

—Tomad, leed esto. Encontraréis bellas historias sobre Jesucristo y la vida de los santos.

—Esas historias ya las conocemos. Tenemos una Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamento.

El cura levanta las cejas negras.

—¿Cómo? ¿Habéis leído toda la Sagrada Biblia?

—Sí, señor. Incluso nos sabemos algunos pasajes de memoria.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Pasajes del Génesis, el Éxodo, el Eclesiastés, el Apocalipsis y otros.

El cura se queda callado un momento y luego dice:

—¿Conocéis pues los Diez Mandamientos? ¿Los respetáis?

—No, señor, no los respetamos. Nadie los respeta. Está escrito: «no matarás», y todo el mundo mata.

El cura dice:

—Ah, sí... es la guerra.

—Nos gustaría leer otros libros que no fuesen la Biblia, pero no tenemos. Usted tiene muchos. Podría prestarnos algunos.

—Son libros demasiado difíciles para vosotros.

—¿Son más difíciles que la Biblia?

El cura nos mira. Pregunta:

—¿Qué tipo de libros os gustaría leer?

—Libros de historia y de geografía. Libros que cuenten cosas verdaderas, nada de cosas inventadas.

El cura dice:

—De aquí al sábado próximo encontraré algunos libros que os convengan. Ahora dejadme solo. Volved a la cocina y acabaos el pan.

La sirvienta y el ordenanza

Cogemos cerezas en el jardín con la sirvienta. El ordenanza y el oficial extranjero llegan en el jeep. El oficial pasa directamente y entra en su habitación. El ordenanza se detiene junto a nosotros. Dice: —Buenos días, amiguitos, buenos días, linda señorita. ¿Cerezas ya maduras? Yo gustar mucho cerezas, yo gustar mucho linda señorita.

El oficial llama por la ventana. El ordenanza debe entrar en casa. La sirvienta nos dice:

—¿Por qué no me habíais dicho que había hombres en vuestra casa?

—Son extranjeros.

—¿Y qué? ¡Qué guapo que es el oficial!

Le preguntamos:

—¿Y el ordenanza, no te gusta?

—Es bajito y gordo.

—Pero es amable y divertido. Y habla bien nuestro idioma.

Ella dice:

—Qué tontería. Es el oficial el que me gusta.

El oficial viene a sentarse en el banco ante su ventana. La cesta de la sirvienta ya está llena de cerezas, podría volver a la rectoría, pero se queda allí. Mira al oficial y se ríe muy fuerte. Se cuelga de una rama del árbol, se balancea, salta, se echa en la hierba y finalmente lanza una margarita al oficial. El oficial se levanta, entra de nuevo en su habitación. Poco después sale y se va con el jeep.

El ordenanza se asoma a la ventana y grita:

—¿Quién venir a ayudar a un pobre hombre a limpiar habitación muy sucia?

Le decimos:

—Nosotros queremos ayudarte.

—Necesitar mujer para ayudar. Necesitar linda señorita.

Le decimos a la sirvienta:

—Ven. Vamos a ayudarle un poco.

Vamos los tres a la habitación del oficial. La sirvienta coge la escoba y empieza a barrer. El ordenanza se sienta en la cama. Dice:

—Yo soñar. Una princesa ver en ese sueño. Princesa debe pellizcar para despertar.

La sirvienta se ríe, pellizca muy fuerte la mejilla del ordenanza.

El ordenanza grita:

—¡Ahora yo despierto! Yo también querer pellizcar princesita mala.

Coge a la sirvienta entre sus brazos y le pellizca las nalgas. La sirvienta se debate, pero el ordenanza la coge muy fuerte. Nos dice:

—¡Vosotros, fuera! Y cerrar puerta.

Le preguntamos a la sirvienta:

—¿Quieres que nos quedemos?

Ella se ríe.

—¿Para qué? Yo me sé defender muy bien sola.

Entonces salimos de la habitación, cerramos la puerta después. La sirvienta se acerca a la ventana, nos sonrío, tira de los postigos y cierra la ventana. Subimos al desván y por los agujeros vemos lo que pasa en la habitación del oficial.

El ordenanza y la sirvienta están echados en la cama. La sirvienta está desnuda, el ordenanza lleva solamente la camisa y los calcetines. Está acostado encima de la sirvienta y los dos se mueven de delante atrás y de derecha a izquierda. El ordenanza gruñe como el cerdo de la abuela, y la sirvienta lanza gritos como si le hiciesen daño, pero se ríe al mismo tiempo, y grita:

—¡Ah, sí, sí, oh, oh, oh!

Desde ese día, la sirvienta vuelve a menudo y se encierra con el ordenanza. Nosotros les miramos a

veces, pero no siempre.

El ordenanza prefiere que la sirvienta se agache o que se ponga a cuatro patas y la toma por detrás. La sirvienta prefiere que el ordenanza esté echado de espaldas. Entonces ella se sienta encima del vientre del ordenanza y se mueve de arriba abajo, como si montase un caballo.

El ordenanza a veces le regala unas medias o agua de colonia a la sirvienta.

El oficial extranjero

Hacemos nuestro ejercicio de inmovilidad en el jardín. Hace calor. Estamos echados de espaldas a la sombra del nogal. A través de las hojas vemos el cielo, las nubes. Las hojas de los árboles están inmóviles; las nubes también lo parecen, pero, si las miramos mucho rato, atentamente, nos damos cuenta de que se deforman y se estiran.

La abuela sale de casa. Al pasar junto a nosotros, de una patada, nos echa arena y grava encima de la cara y el cuerpo. Farfulla algo y se va a la viña a echar la siesta.

El oficial está sentado, con el torso desnudo y los ojos cerrados, en el banco que hay delante de su habitación, con la cabeza apoyada en el muro blanco, a pleno sol. A menudo viene hacia nosotros; nos habla, pero nosotros no le respondemos ni le miramos. Se vuelve hacia su banco.

Más tarde, el ordenanza nos dice:

—El señor oficial quiere que venir a hablar con él.

Nosotros no respondemos. Él insiste:

—Levantarse y venir. El oficial enfadar si vosotros no obedecer.

No nos movemos.

El oficial dice algo y el ordenanza entra en la habitación. Se le oye cantar haciendo la limpieza.

Cuando el sol toca el tejado de la casa al lado de la chimenea, nos levantamos. Vamos ante el oficial y nos quedamos ante él. Éste llama al ordenanza.

Preguntamos:

—¿Qué quiere?

El oficial hace unas preguntas y el ordenanza traduce:

—El señor oficial preguntar, ¿por qué no mover, por qué no hablar?

Nosotros respondemos:

—Hacemos nuestro ejercicio de inmovilidad.

El ordenanza traduce más:

—El señor oficial decir vosotros hacer muchos ejercicios. De otros tipos. Os ha visto golpear el uno al otro con cinturón.

—Era nuestro ejercicio de endurecimiento.

—El señor oficial decir, ¿por qué hacer todo eso?

—Para habituarnos al dolor.

—Él preguntar, ¿vosotros gustar hacer daño?

—No. Sólo queremos vencer el dolor, el calor, el frío, el hambre, todo lo que hace daño.

—El señor oficial admirar vosotros. Encontrar extraordinarios.

El oficial añade algunas palabras. El ordenanza nos dice:

—Bueno, acabado. Yo tener que ir ahora. Vosotros también salir pitando, ir a pescar.

Pero el oficial nos retiene por el brazo sonriendo y hace señas al ordenanza de que se vaya. El ordenanza da algunos pasos, se vuelve:

—¡Vosotros, ir! ¡Rápido! Ir pasear al pueblo.

El oficial le mira y el ordenanza se aleja hasta la puerta del jardín, desde donde nos grita:

—¡Largar, vosotros! ¡No quedar! ¿No entendido, idiotas?

Se va. El oficial nos sonrío, nos hace entrar en su habitación. Se sienta en una silla, nos atrae hacia

él, nos levanta, nos hace sentar en sus rodillas. Nosotros pasamos los brazos en torno a su cuello, nos apretamos contra su pecho velludo. Él nos acuna.

Debajo de nosotros, entre las piernas del oficial, notamos un movimiento cálido. Nos miramos y después miramos al oficial a los ojos. Él nos empuja suavemente, nos alborota el pelo, se pone de pie. Nos tiende dos fustas y se acuesta en la cama, de cara. Dice una sola palabra que, sin conocer su idioma, entendemos.

Le golpeamos. Una vez uno, otra vez el otro.

La espalda del oficial se llena de rayas rojas. Le golpeamos cada vez más y más fuerte. El oficial gime y, sin cambiar de posición, se baja el pantalón y el calzoncillo hasta los tobillos. Le golpeamos las nalgas blancas, los muslos, las piernas, la espalda, el cuello, los hombros con todas nuestras fuerzas, y todo se vuelve rojo.

El cuerpo, los cabellos, la ropa del oficial, las sábanas, la alfombra, nuestras manos, nuestros brazos, todo está rojo. La sangre se nos mete incluso en los ojos, se mezcla con nuestro sudor y continuamos golpeando hasta que el hombre lanza un grito final, inhumano, y nosotros caemos, agotados, al pie de su cama.

El idioma extranjero

El oficial nos trae un diccionario con el cual se puede aprender su idioma. Aprendemos las palabras y el ordenanza nos corrige la pronunciación. Algunas semanas más tarde hablamos con fluidez ese idioma nuevo. No dejamos de hacer progresos. El ordenanza ya no tiene que hacer de intérprete. El oficial está muy contento con nosotros. Nos ofrece una armónica. Nos da también una llave de su habitación para que podamos entrar cuando queramos (ya habíamos entrado con nuestra llave, pero a escondidas). Ahora no tenemos necesidad de escondernos y podemos hacer lo que nos dé la gana: comer galletas y chocolate, fumar cigarrillos.

Vamos a menudo a aquella habitación, ya que allí todo está limpio y estamos más tranquilos que en la cocina. Allí es donde hacemos los deberes a menudo.

El oficial posee un gramófono y algunos discos. Acostados en la cama, escuchamos música. Una vez, para complacer al oficial, ponemos el himno nacional de su país. Pero él se enfada y rompe el disco de un puñetazo.

A veces nos dormimos en la cama, que es muy grande. Una mañana el ordenanza nos encuentra allí; no está nada contento.

—¡Qué imprudencia! No más hacer tonterías así. ¿Qué pasar un día si oficial llegar por la noche?

—¿Qué podría pasar? Hay bastante sitio para él también.

El ordenanza dice:

El ordenanza dice:

—Vosotros muy tontos. Una vez pagar la tontería. Si oficial hacer daño a vosotros, yo matar.

—No nos hará daño. No te preocupes por nosotros.

Una noche, el oficial vuelve y nos encuentra dormidos en su cama. La luz de la lámpara de petróleo nos despierta. Le preguntamos:

—¿Quiere que nos vayamos a la cocina?

El oficial nos acaricia la cabeza y dice:

—Quedaos. Quedaos por favor.

Se desnuda y se acuesta entre los dos. Nos rodea con sus brazos, nos cuchichea al oído:

—Dormid. Os amo. Dormid tranquilamente.

Nos volvemos a dormir. Más tarde, ya de día, queremos levantarnos, pero el oficial nos retiene:

—No os mováis. Dormid un poco más.

—Tenemos que ir a orinar. Tenemos que salir.

—No salgáis. Hacedlo aquí.

Nosotros le preguntamos:

—¿Dónde?

Él dice:

—Encima de mí. Sí. No tengáis miedo. ¡Mead! En mi cara.

Lo hacemos, y después salimos al jardín, porque la cama está toda mojada. El sol ya sale y empezamos nuestros trabajos de la mañana.

El amigo del oficial

El oficial vuelve a veces con un amigo, otro oficial más joven. Pasan la tarde juntos y el amigo se queda también a dormir. Nosotros les hemos observado varias veces por el agujero practicado en el techo.

Es una tarde de verano. El ordenanza prepara algo en el infiernillo de alcohol. Pone un mantel en la mesa y nosotros colocamos unas flores. El oficial y su amigo están sentados a la mesa y beben. Más tarde, comen. El ordenanza come junto a la puerta, sentado en un taburete. Después, beben más aún. Mientras tanto nosotros nos ocupamos de la música. Cambiamos los discos, damos cuerda al gramófono. El amigo del oficial dice:

—Esos críos me ponen nervioso. Échalos fuera.

El oficial le pregunta:

—¿Celoso?

El amigo responde:

—¿De ésos? ¡Grotesco! Son dos pequeños salvajes.

—Pero son muy guapos, ¿no te parece?

—Quizá. No los he mirado.

—Vaya, así que no los has mirado. Entonces míralos.

El amigo se pone rojo.

—¿Pero qué quieres? Me ponen nervioso con su aire hipócrita. Como si nos escuchasen y nos espiasen.

—Es que nos escuchan. Hablan perfectamente nuestro idioma. Lo entienden todo.

El amigo se pone pálido, se levanta:

—¡Esto es demasiado! ¡Me voy!

El oficial dice:

—No seas idiota. Salid, chicos.

Nosotros salimos de la habitación y subimos al desván. Miramos y escuchamos.

El amigo del oficial dice:

—Me has dejado en ridículo delante de esos críos estúpidos.

El oficial dice:

—Son los niños más inteligentes que he visto jamás.

El amigo dice:

—Dices eso para herirme, para hacerme daño. Lo haces para atormentarme, para humillarme. ¡Un día te mataré!

El oficial echa su revólver encima de la mesa.

—¡No pido otra cosa! Cógela. ¡Mátame! ¡Venga!

El amigo coge el revólver y apunta al oficial.

—Lo haré. Ya lo verás, lo haré. La próxima vez que me hables de él, del otro, te mato.

El oficial cierra los ojos, sonrío.

—Era guapo... joven... fuerte... gracioso... delicado... cultivado... tierno... soñador... valiente...

insolente... Yo le amaba. Murió en el frente del Este. Tenía diecinueve años. No puedo vivir sin él.

El amigo arroja el revólver encima de la mesa y dice:

—¡Cabrón!

El oficial abre los ojos y mira a su amigo.

—¡Qué falta de valor! ¡Qué falta de carácter!

El amigo dice:

—Sólo tienes que hacerlo tú mismo, si tanto valor tienes, si tanta pena sientes. Si no puedes vivir sin él, síguele en la muerte. ¿Quieres que te ayude? ¡No estoy loco! ¡Revienta! ¡Muérete tú solo!

El oficial coge el revólver y se lo apoya en la sien. Nosotros bajamos del desván. El ordenanza está sentado delante de la puerta abierta de la habitación. Le

preguntamos:

—¿Crees que se va a matar?

El ordenanza se ríe.

—No tener miedo. Ellos siempre hacer esto cuando demasiado beber. Yo descargar dos revólveres antes.

Entramos en la habitación y le decimos al oficial:

—Nosotros le mataremos si de verdad lo quiere. Denos su revólver.

El amigo dice:

—¡Pequeños monstruos!

El oficial dice, sonriente:

—Gracias. Sois muy amables. Sólo estábamos jugando. Id a dormir.

Se levanta para cerrar la puerta después de nosotros, y ve al ordenanza:

—¿Aún estás ahí?

—No he recibido permiso para retirarme.

—¡Vete! ¡Quiero que me dejen en paz! ¿Entendido?

A través de la puerta le oímos aún decir a su amigo:

—¡Qué lección para ti, blanducho!

Oímos también ruidos de pelea, de golpes, estruendo de sillas volcadas, una caída, gritos, jadeos. Después el silencio.

Nuestro primer espectáculo

La sirvienta canta a menudo. Canciones populares antiguas y canciones nuevas de moda que hablan de la guerra. Escuchamos las canciones, las repetimos con nuestra armónica. Pedimos también al ordenanza que nos enseñe canciones de su país.

Una noche, tarde, cuando la abuela ya se ha acostado, nos vamos al pueblo. Junto al castillo, en una calle vieja, llegamos a una casa baja. Ruido, voces y humo proceden de la puerta que se abre a una escalera. Bajamos los escalones de piedra y desembocamos en una bodega dispuesta como bar. Unos hombres, de pie o sentados en bancos de madera y toneles, beben vino. La mayor parte son viejos, pero también hay algunos jóvenes, así como tres mujeres. Nadie nos hace el menor caso.

Uno empieza a tocar la armónica y el otro a cantar una canción conocida, donde se habla de una mujer que espera a su marido que se fue a la guerra y que volverá pronto, victorioso.

La gente, poco a poco, se vuelve hacia nosotros: las voces se callan. Nosotros cantamos, tocamos cada vez más fuerte, oímos resonar nuestra melodía, hacer eco en la bóveda de la bodega, como si fuese otro el que tocase y cantase.

Una vez terminada nuestra canción, levantamos los ojos hacia los rostros cansados y vacíos. Una mujer ríe y aplaude. Un hombre joven a quien le falta un brazo dice con voz ronca:

—Seguid. ¡Tocad otra cosa!

Intercambiamos los papeles. El que antes tocaba la armónica se la pasa al otro, y empezamos otra canción.

Un hombre muy delgado se acerca a nosotros tambaleándose y nos grita a la cara:

—¡Silencio, perros!

Nos empuja brutalmente uno a la derecha y el otro a la izquierda; perdemos el equilibrio, se nos cae la armónica. El hombre sube por la escalera apoyándose en la pared. Le oímos gritar todavía desde la calle:

—¡Que se calle todo el mundo!

Recogemos la armónica, la limpiamos. Alguien dice:

—Está sordo.

Otro dice:

—No sólo está sordo. También está completamente loco.

Un viejo nos acaricia el pelo. Unas lágrimas salen de sus ojos hundidos, bordeados de negro.

—¡Qué desgracia! ¡Qué mundo de desgracias! ¡Pobres niños! ¡Pobre mundo!

Una mujer dice:

—Sordo o loco, el caso es que ha vuelto. Y tú también has vuelto.

Se sienta encima de las rodillas del hombre a quien le falta un brazo. El hombre dice:

—Tienes razón, guapa, he vuelto. Pero, ¿cómo voy a trabajar? ¿Con qué voy a sujetar las tablas para serrarlas? ¿Con la manga vacía de mi chaqueta?

Otro joven, sentado en un banco, dice, riendo:

—Yo también he vuelto. Sólo que estoy paralizado por abajo. Las piernas y todo lo demás. Ya no me empalmaré nunca más. Habría preferido morirme de golpe, mira, quedarme allí, de una vez.

Otra mujer dice:

—No estáis contentos nunca. Los que veo morir en el hospital dicen: «fuese cual fuese mi estado, me gustaría sobrevivir, volver a mi casa, ver a mi mujer, a mi madre, no importa cómo, vivir un poco más aún».

Un hombre dice:

—Tú, cierra el pico. Las mujeres no han visto nada de la guerra.

La mujer dice:

—¿Que no hemos visto nada? ¡Imbécil! Nosotras hacemos todo el trabajo, tenemos todas las preocupaciones: alimentar a los niños, cuidar a los heridos...

Vosotros, una vez acaba la guerra, sois todos unos héroes. Muertos: héroes. Supervivientes: héroes.

Mutilados: héroes. Y por eso habéis inventado la guerra

vosotros, los hombres. Es vuestra guerra. Vosotros la habéis querido; ¡hacedla pues, héroes de mierda!

Todos se pusieron a hablar y a gritar. El viejo, cerca de nosotros, dijo:

—Nadie ha querido esta guerra. Nadie, nadie.

Nosotros salimos de la bodega; decidimos volver a casa.

La luna ilumina las calles y la carretera polvorienta que lleva a casa de la abuela.

El desarrollo de nuestros espectáculos

Aprendemos a hacer malabarismos con frutas: manzanas, nueces, albaricoques. Primero con dos. Es fácil. Después con tres, cuatro, hasta que llegamos a cinco.

Inventamos números de prestidigitación con cartas y cigarrillos.

Nos entrenamos también en las acrobacias. Sabemos hacer la rueda, saltos mortales, volteretas hacia delante y hacia atrás, y somos capaces de caminar con las manos con absoluta facilidad.

Nos ponemos una ropa vieja demasiado grande para nosotros que hemos encontrado en el baúl del desván: americanas a cuadros, grandes y desgarradas, grandes pantalones que nos atamos a la cintura con un cordón. También hemos encontrado un sombrero negro redondo y duro.

Uno de nosotros se pone un pimiento rojo en la nariz y el otro un falso bigote hecho con pelos de maíz. Conseguimos un pintalabios y nos agrandamos la boca hasta las orejas. Así, disfrazados de payasos, vamos a la plaza del mercado. Allí es donde hay más tiendas y más gente.

Empezamos nuestro espectáculo armando mucho escándalo con la armónica, y con una calabaza vacía transformada en tambor. Cuando hay suficientes espectadores a nuestro alrededor, hacemos malabarismos con unos tomates o incluso con unos huevos. Los tomates son tomates de verdad, pero los huevos están vacíos y llenos de arena fina. Como la gente no lo sabe, gritan, se ríen y aplauden cuando nosotros fingimos atrapar uno por los pelos.

Seguimos nuestro espectáculo con unos números de prestidigitación y lo acabamos con acrobacias. Mientras uno de nosotros sigue haciendo la rueda y saltos mortales, el otro va dando vueltas junto a los espectadores andando con las manos, con el viejo sombrero entre los dientes.

Por la noche vamos a los bares sin disfraz.

Conocemos muy bien todos los bares de la ciudad, las bodegas donde el viticultor vende su propio vino, las tabernas donde se bebe de pie, los cafés donde va la gente bien vestida y algunos oficiales que buscan chicas.

La gente que bebe da fácilmente su dinero. Se confían fácilmente también. Aprendemos toda clase de secretos sobre toda clase de gente.

A menudo nos ofrecen de beber, y poco a poco nos acostumbramos al alcohol. Fumamos también los cigarrillos que nos dan.

En todas partes tenemos mucho éxito. Dicen que tenemos una bonita voz; nos aplauden y nos llaman a saludar muchas veces.

Teatro

A veces, si la gente está atenta, no están demasiado borrachos y no arman demasiado ruido, les representamos una de nuestras pequeñas piezas de teatro, por ejemplo, la Historia del pobre y del rico.

Uno de nosotros hace de pobre, otro de rico.

El rico está sentado a la mesa y fuma. Entra el pobre:

—Ya he acabado de cortar su leña, señor.

—Muy bien. El ejercicio es muy saludable. Tienes muy buen aspecto. Tienes las mejillas rojas.

—Tengo las manos heladas, señor.

—¡Acércate! ¡Que te vea! ¡Ah, qué asqueroso! ¡Tienes las manos llenas de grietas y de forúnculos!

—Son los sabañones, señor.

—Vosotros los pobres tenéis siempre unas enfermedades repugnantes. Sois sucios, ése es el problema. Toma, por tu trabajo.

Y lanza un paquete de cigarrillos al pobre, que enciende uno y empieza a fumar. Pero no hay cenicero donde se encuentra, junto a la puerta, y no se atreve a acercarse a la mesa. Por lo tanto, se echa la ceniza en la palma de la mano. El rico, al que le gustaría que el pobre se fuese, finge no ver que el hombre necesita un cenicero. Pero el pobre no quiere irse todavía, porque tiene hambre.

Dice:

—Huele bien en su casa, señor.

—Es la limpieza.

—Huele a sopa caliente. Yo no he comido nada todavía hoy.

—Pues tendrías que haberlo hecho. Yo, por mi parte, voy a ir a comer al restaurante, porque he dado

permiso a mi cocinero.

El pobre husmea.

—Pero aquí huele a buena sopa bien caliente.

El rico grita:

—¡No puede oler a sopa en mi casa, nadie está preparando sopa en mi casa, debe de venir de casa de los vecinos, o bien será tu imaginación! Vosotros, los pobres, sólo pensáis en vuestro estómago: por eso no tenéis nunca dinero. Os gastáis todo lo que tenéis en sopa y en salchichón. Sois unos guarros, eso es lo que sois, y ahora me estás manchando el parqué con la ceniza de tu cigarrillo. ¡Vete de aquí y que no te vuelva a ver!

El rico abre la puerta, da una patada al pobre, que cae en la acera.

El rico cierra la puerta de nuevo, se sienta delante de un plato de sopa y dice, uniendo las manos:

—Gracias, Jesucristo Señor Nuestro, por todos tus dones.

Las alertas

Cuando llegamos a casa de la abuela había pocas alertas en el pueblo. Ahora cada vez hay más. Las sirenas se ponen a ulular en cualquier momento del día o de la noche, exactamente igual que en la ciudad. La gente corre a protegerse, refugiándose en las bodegas. Durante este tiempo las calles están desiertas. A veces, las puertas de casas y tiendas permanecen abiertas. Nosotros aprovechamos para entrar y coger tranquilamente lo que nos apetece.

No nos refugiamos jamás en nuestra bodega. La abuela tampoco. Por el día seguimos con nuestras ocupaciones, por la noche seguimos durmiendo.

La mayor parte del tiempo los aviones no hacen otra cosa que atravesar nuestro pueblo para ir a bombardear al otro lado de la frontera. Alguna vez ocurre que una bomba cae en una casa, sin embargo. En ese caso, localizamos el lugar por la dirección de la humareda y vamos a ver quién ha sido destruido. Si queda algo que podamos coger, lo cogemos.

Hemos observado que la gente que se encuentra en la bodega de una casa bombardeada siempre está muerta. Por el contrario, la chimenea de la casa casi siempre queda en pie.

También ocurre que un avión lanza un ataque en picado para ametrallar a gente en los campos o en la calle. El ordenanza nos ha enseñado que hay que prestar atención cuando el avión avanza hacia nosotros, pero que una vez se encuentra justo encima de nuestras cabezas, el peligro ha pasado.

A causa de las alertas está prohibido encender lámparas por la noche antes de haber tapado completamente las ventanas. La abuela piensa que es más práctico no encenderlas en absoluto.

Algunas patrullas hacen la ronda toda la noche para que se respete el reglamento.

En el curso de una cena hablamos de un avión que hemos visto caer en llamas. También hemos visto al piloto saltar en paracaídas.

—No sabemos qué ha sido del piloto enemigo.

La abuela dice:

—¿Enemigo? Son amigos, hermanos nuestros. Pronto llegarán.

Un día, nos paseamos por ahí durante una alerta. Un hombre muy alarmado se precipita hacia nosotros:

—No debéis quedaros fuera durante los bombardeos.

Nos tira del brazo y nos lleva hacia una puerta:

—Entrad, entrad ahí dentro.

—No queremos.

—Es un refugio. Ahí estaréis seguros.

Abre la puerta y nos empuja delante de él. La bodega está llena de gente. Reina un silencio total. Las mujeres aprietan a sus niños contra ellas.

De golpe, en algún lugar, explotan las bombas. Las explosiones se acercan. El hombre que nos ha llevado a la bodega se arroja en un montón de carbón que se encuentra en un rincón e intenta enterrarse debajo de él.

Algunas mujeres ríen con desprecio. Una mujer anciana dice:

—Tiene los nervios destrozados. Está de permiso por eso.

De repente, nos cuesta respirar. Abrimos la puerta de la bodega. Una mujer grande y gorda nos empuja hacia dentro y cierra la puerta. Grita:

—¿Estáis locos? No podéis salir ahora.

Decimos:

—La gente muere siempre en las bodegas. Queremos salir.

La mujer gorda se apoya contra la puerta. Nos enseña su brazalete de la Protección Civil.

—¡Soy yo la que manda aquí! ¡Os quedaréis ahí!

Le hundimos los dientes en los antebrazos carnosos y le damos patadas en las tibias. Ella grita, intenta pegarnos. La gente se ríe. Al final dice, roja de cólera y de vergüenza:

—¡Marchaos! ¡Largaos de aquí! ¡Reventad ahí fuera! No será una gran pérdida.

Fuera respiramos. Es la primera vez que hemos sentido miedo.

Las bombas continúan cayendo.

El rebaño humano

Hemos ido a buscar nuestra ropa limpia a la rectoría. Comemos pan con mantequilla con la sirvienta en la cocina. Oímos gritos que proceden de la calle.

Dejamos las rebanadas de pan y salimos. La gente está delante de sus puertas y mira en dirección a la estación. Unos niños emocionados corren y gritan:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

En la esquina de la calle aparece un jeep militar con unos oficiales extranjeros. El jeep rueda lentamente, seguido por unos militares que llevan los fusiles en bandolera. Detrás, una especie de rebaño humano. Niños como nosotros. Mujeres como nuestra madre. Viejos como el zapatero.

Son doscientos o trescientos que van avanzando, rodeados por los soldados. Algunas mujeres llevan a sus niños pequeños a la espalda, encima de los hombros o apretados contra su pecho. Una de ellas cae; unas manos cogen al niño y a la madre y les ayudan, ya que un soldado les ha apuntado ya con su fusil.

Nadie habla, nadie llora: los ojos están fijos en el suelo. Solamente se oye el ruido de los zapatos claveteados de los soldados.

Justo delante de nosotros un brazo delgado sale de la multitud, se tiende una mano sucia, una voz pide:

—Pan.

La sirvienta, sonriente, hace el ademán de ofrecer el resto de su rebanada, la acerca a la mano tendida y después, con una risotada, se lleva el trozo de pan a la boca, lo muerde y dice:

—¡Yo también tengo hambre!

Un soldado que lo ha visto todo le da una palmada en las nalgas a la sirvienta, le pellizca la mejilla y ella le hace señas con el pañuelo hasta que no vemos más que una nube de polvo en el sol poniente.

Volvemos a la casa. Desde la cocina vemos al señor cura arrodillado delante del gran crucifijo de su habitación.

La sirvienta dice:

—Acabaos el pan.

Le decimos:

—Ya no tenemos hambre.

Nos vamos a la habitación. El cura se vuelve:

—¿Queréis rezar conmigo, hijos?

—No rezamos nunca, ya lo sabe. Queremos comprender.

—No podéis comprenderlo. Sois demasiado jóvenes.

—Pero usted no es demasiado joven. Por eso le preguntamos: ¿quién es toda esa gente? ¿Adónde se los llevan? ¿Por qué?

El cura se levanta, viene hacia nosotros. Dice, cerrando los ojos:

—Los caminos del Señor son inescrutables.

Abre los ojos, nos pone las manos en las cabezas:

—Es muy lamentable que os hayáis visto obligados a asistir a semejante espectáculo. Os tiembla todo el cuerpo.

—A usted también, señor cura.

—Sí, soy viejo, tiemblo.

—Y nosotros tenemos frío. Hemos venido con el torso desnudo. Vamos a ponernos una de las camisetas que ha lavado su sirvienta.

Vamos a la cocina. La sirvienta nos tiende el paquete con nuestra ropa limpia. Cogemos una camiseta cada uno. La sirvienta dice:

—Sois demasiado sensibles. Lo mejor que podríais hacer es olvidar lo que habéis visto.

—Nosotros no olvidamos nada, nunca.

Ella nos empuja hacia la salida.

—¡Venga, tranquilizaos! Todo esto no tiene nada que ver con vosotros. A vosotros nunca os pasará eso. Esa gente de ahí son como animales.

Las manzanas de la abuela

De la rectoría nos vamos corriendo hasta la casa del zapatero. Los cristales de su ventana están rotos, la puerta hundida. En el interior lo han saqueado todo.

En las paredes hay escritas palabras groseras.

Una vieja está sentada en un banco delante de la casa vecina. Le preguntamos:

—¿El zapatero se ha ido?

—Hace mucho tiempo, pobre hombre.

—¿No estaba entre esos que han atravesado el pueblo hoy?

—No, los de hoy han venido de otros sitios. En los vagones para animales. Ellos lo mataron aquí mismo, en su taller, con sus propios utensilios. No os inquietéis. Dios lo ve todo. Él reconocerá a los Suyos.

Cuando llegamos a casa, encontramos a la abuela echada de espaldas, con las piernas separadas, delante de la cancela del jardín, con las manzanas desperdigadas a su alrededor.

La abuela no se mueve. Le sangra la frente.

Corremos a la cocina, mojamos un trapo y cogemos el aguardiente del estante. Ponemos el trapo mojado encima de la frente de la abuela, le echamos el aguardiente en la boca. Al cabo de un tiempo ella abre los ojos y dice:

—¡Más!

Le echamos más aguardiente en la boca.

Se incorpora apoyándose en los codos y se pone a gritar:

—¡Recoged las manzanas! ¿A qué esperáis para recoger las manzanas, hijos de perra?

Recogemos las manzanas del polvo de la carretera. Se las ponemos en su delantal.

Se le ha caído el trapo de la frente a la abuela. La sangre se le mete en los ojos. Se la seca con una esquina de la pañoleta.

Le preguntamos:

—¿Te has hecho daño, abuela?

Ella ríe.

—No me va a matar un culatazo.

—¿Qué ha pasado, abuela?

—Nada. Yo estaba recogiendo manzanas. He venido a la puerta para ver el desfile. Se me ha soltado el delantal y se han caído las manzanas, y se han ido rodando a la carretera. Mientras pasaba la procesión. Ése no es motivo para que te den un porrazo.

—¿Quién te ha dado un porrazo, abuela?

—¿Quién queréis que sea? ¿Es que sois idiotas? También les han pegado a ellos. Iban dando palos a voleo. ¡Pero algunos se han podido comer algunas de mis manzanas!

Ayudamos a levantarse a la abuela. La llevamos a casa. Ella empieza a pelar las manzanas para hacer mermelada, pero se cae y la llevamos a la cama. Le quitamos los zapatos. Se le cae la pañoleta y aparece un cráneo completamente calvo. Le volvemos a poner la pañoleta. Nos quedamos mucho rato al lado de su cama, sujetándole las manos, vigilando su respiración.

El policía

Estamos desayunando con la abuela. Entra un hombre en la cocina sin llamar. Enseña su identificación de policía.

Enseguida, la abuela se pone a gritar:

—¡No quiero que entre la policía en mi casa! ¡Yo no he hecho nada!

El policía dice:

—No, qué va, nada. Sólo un poquito de veneno por aquí, otro poquito por allá.

La abuela dice:

—No se probó nada. No tenéis nada contra mí.

—Cálmese, abuela. No vamos a desenterrar a los muertos. Ya nos cuesta suficiente trabajo enterrarlos.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

El policía nos mira y dice:

—De tal palo, tal astilla.

La abuela nos mira también.

—Es normal. ¿Qué habéis hecho, hijos de perra?

El policía pregunta:

—¿Dónde estabais ayer por la tarde?

Nosotros contestamos:

—Aquí.

—¿No fuisteis a los bares, como de costumbre?

—No. Nos quedamos aquí porque la abuela tuvo un accidente.

La abuela dice al momento:

—Me caí al bajar a la bodega. Los escalones están musgosos y resbalé. Los pequeños me subieron y me han cuidado. Se han quedado conmigo toda la noche.

El policía dice:

—Sí, ya veo, tiene un chichón muy feo. Hay que ser prudente a su edad. Bueno. Vamos a registrar la casa. Vengan los tres. Empezaremos por la bodega.

La abuela abre la puerta de la bodega y bajamos. El policía lo toca todo, los sacos, los bidones, las cestas, los montones de patatas.

La abuela nos pregunta, en voz baja:

—¿Qué es lo que busca?

Nosotros nos encogemos de hombros.

Después de la bodega, el policía registra la cocina. Después, la abuela debe abrir su habitación. El policía le deshace la cama. No hay nada en la cama, ni en la paja del colchón, sólo unas cuantas monedas debajo de la almohada.

Ante la puerta de la habitación del oficial, el policía pregunta:

—¿Aquí qué hay?

La abuela responde:

—Es una habitación que alquilo a un oficial extranjero. No tengo la llave.

El policía mira la puerta del desván:

—¿No hay escalera?

La abuela dice:

—Está rota.

—¿Y cómo sube?

—Yo no subo. Sólo suben los niños.

El policía dice:

—Entonces, vamos, niños.

Subimos al desván con la ayuda de la cuerda. El policía abre el baúl donde guardamos los objetos necesarios para nuestros estudios: la Biblia, el diccionario, el papel, los lápices y el cuaderno grande, donde está escrito todo. Pero el policía no ha venido a leer nada. Inspecciona un poco más el montón de ropa vieja y las mantas y bajamos. Una vez abajo, el policía mira a su alrededor y dice:

—Evidentemente, no puedo remover todo el jardín. Bueno. Venid conmigo.

Nos conduce al bosque, al borde del enorme agujero donde encontramos un cadáver. El cadáver ya no está. El policía pregunta:

—¿Habéis venido ya alguna vez hasta aquí?

—No. Nunca. Nos daría miedo llegar tan lejos.

—¿No habéis visto nunca este agujero, ni un soldado muerto?

—No, nunca.

—Cuando encontramos al soldado muerto le faltaba el fusil, los cartuchos y las granadas.

Nosotros decimos:

—Debía de ser muy distraído y negligente ese soldado para perder todos esos objetos indispensables para un militar.

El policía dice:

—No los perdió. Alguien se los robó después de morir. Vosotros que venís a menudo al bosque, ¿no tendréis alguna idea sobre este asunto?

—No. Ni idea.

—Sin embargo, alguien ha debido de coger ese fusil, esos cartuchos y esas granadas...

Decimos:

—¿Quién se atrevería a tocar unos objetos tan peligrosos?

El interrogatorio

Estamos en el despacho del policía. Él está sentado en una mesa, nosotros de pie frente a él. Prepara un papel, un lápiz. Fuma. Nos hace unas preguntas:

—¿Desde cuándo conocéis a la sirvienta del cura?

—Desde la primavera.

—¿Dónde la conocisteis?

—En casa de la abuela. Vino a buscar unas patatas.

—Entregáis leña a la rectoría. ¿Cuánto os pagan por eso?

—Nada. Nosotros llevamos leña a la rectoría para dar las gracias a la sirvienta, que nos lava la ropa.

—¿Y es amable con vosotros?

—Muy amable. Nos da pan con mantequilla, nos corta las uñas y el pelo y nos baña.

—Como una madre, en resumen. Y el señor cura, ¿es amable con vosotros?

—Muy amable. Nos presta libros y nos enseña muchas cosas.

—¿Cuándo llevasteis leña por última vez a la rectoría?

—Hace cinco días. El martes por la mañana.

El policía se pasea por la habitación. Cierra las cortinas y enciende la lámpara del escritorio. Coge dos sillas y nos hace sentar en ellas. Dirige la luz de la lámpara hacia nuestra cara.

—¿La queréis mucho a la sirvienta?

—Sí, mucho.

—¿Sabéis lo que le ha pasado?

—¿Es que le ha pasado algo?

—Sí. Una cosa horrible. Esta mañana, como de costumbre, preparaba el fuego y los fogones de la cocina han estallado. Le ha dado en plena cara. Está en el hospital.

El policía deja de hablar; nosotros no decimos nada. Nos pregunta:

—¿No decís nada?

Decimos:

—Una explosión en plena cara te lleva obligatoriamente al hospital, y a veces incluso a la morgue. Es una suerte que no haya muerto.

—¡Está desfigurada para toda la vida!

Nos callamos. El policía también. Nos mira. Nosotros le miramos. Dice:

—No parecéis especialmente tristes.

—Estamos contentos de que siga viva. ¡Después de un accidente así!

—No ha sido un accidente. Alguien escondió un explosivo en la leña. Un cartucho que procedía de un fusil militar. Hemos encontrado el casquillo.

Nosotros le preguntamos:

—¿Y por qué iba a hacer alguien una cosa así?

—Para matarla. A ella o al señor cura.

Nosotros decimos:

—La gente es cruel. Les gusta matar. Es la guerra la que se lo ha enseñado. Hay explosivos por todas partes.

El policía se pone a gritar:

—¡Dejad de haceros los tontos! ¡Sois vosotros quienes entregáis la leña a la rectoría! ¡Vosotros pasáis todo el día en el bosque! ¡Vosotros desvalijáis a los cadáveres! ¡Sois capaces de todo! ¡Lo lleváis en la sangre! Vuestra abuela también tiene un muerto en la conciencia. Ella envenenó a su marido. ¡Ella el veneno, vosotros los explosivos! ¡Confesad, pequeños cabrones! ¡Confesad! ¡Habéis sido vosotros!

—No somos los únicos que entregamos leña a la rectoría.

Él dice:

—Es verdad. También está el viejo. Ya le he interrogado.

—Cualquiera puede esconder un cartucho en un montón de leña.

—Sí, pero no todo el mundo tiene cartuchos. ¡A mí qué me importa vuestra sirvienta! Lo que quiero saber es dónde están los cartuchos. ¿Dónde están las granadas? ¿Dónde está el fusil? El viejo lo ha confesado todo. Le he interrogado tan bien que lo ha confesado todo. Pero no ha sido capaz de enseñarme dónde estaban los cartuchos, las granadas y el fusil. Por tanto, el culpable no es él. ¡Sois

vosotros! Vosotros sabéis dónde están los cartuchos, las granadas y el fusil. ¡Lo sabéis y me lo vais a decir!

Nosotros no respondemos. El policía nos pega. Con las dos manos. A derecha e izquierda. Sangramos por la nariz y por la boca.

—¡Confesad!

Nos callamos. Él se pone blanco, nos golpea más y más. Nos caemos de las sillas. Nos da patadas en los costados, en los riñones, en el estómago.

—¡Confesad! ¡Confesad! ¡Sois vosotros! ¡Confesad!

Nosotros ya no podemos abrir los ojos. Ya no oímos nada. Nuestros cuerpos están empapados de sudor, de sangre, de orina, de excrementos. Perdemos el conocimiento.

En prisión

Estamos echados en el suelo de tierra batida de una celda. Por una ventanita pequeña con barrotes de hierro penetra un poco de luz. Pero no sabemos la hora que es, ni siquiera si es por la mañana o por la tarde.

Nos duele todo. El más ligero movimiento nos hace caer en una semiinconsciencia. Nuestra vista está velada, nos zumban los oídos, nos resuena la cabeza.

Tenemos una sed horrible. Tenemos la boca seca.

Así pasan las horas. No hablamos. Más tarde, el policía entra y nos pregunta:

—¿Necesitáis algo?

Decimos:

—Beber.

—Hablad. Confesad. Entonces beberéis, comeréis, todo lo que queráis.

No respondemos. Él pregunta:

—Abuelo, ¿quiere comer alguna cosa?

Nadie le responde. Sale.

Comprendemos que no estamos solos en la celda. Con precaución, levantamos un poco la cabeza y vemos a un viejo echado, acurrucado en un rincón.

Lentamente nos arrastramos hacia él, lo tocamos. Está tieso y frío. Arrastrándonos, volvemos a nuestro lugar junto a la puerta.

Ya es de noche cuando vuelve el policía con una linterna. Ilumina al viejo y dice:

—Duerma bien. Mañana podrá volver a su casa.

Nos ilumina también en plena cara, uno tras otro:

—¿Aún no tenéis nada que decir? Me da lo mismo. Tengo tiempo. Hablaréis o reventaréis aquí.

Más tarde, por la noche, se abre de nuevo la puerta. Entran el policía, el ordenanza y el oficial extranjero. El oficial se inclina hacia nosotros. Le dice al

El ordenanza se va. El oficial examina al viejo y dice:

—¡Lo ha matado a golpes!

Se vuelve hacia el policía:

—¡Esto lo vas a pagar caro, chusma! ¡Ya verás cómo lo vas a pagar!

El policía nos pregunta:

—¿Qué está diciendo?

—Dice que el viejo está muerto y que esto lo vas a pagar caro, chusma.

El oficial nos acaricia la frente:

—Mis pequeños, mis pobres niños. ¡Se ha atrevido a haceros daño, ese cerdo miserable!

El policía dice:

—¿Qué me va a hacer? Decidle que yo tengo hijos... No sabía... ¿Es vuestro padre o qué?

Nosotros decimos:

—Es nuestro tío.

—Deberíais habérmelo dicho. Yo no podía saberlo. Os pido perdón. No sé qué puedo hacer para...

Nosotros le decimos:

—Rece a Dios.

El ordenanza llega con otros soldados. Nos colocan en unas camillas y nos llevan en la ambulancia. El oficial se sienta a nuestro lado. Al policía, rodeado por varios soldados, se lo llevan en el jeep conducido por el ordenanza.

En la base militar un médico nos examina enseguida en una gran sala blanca. Desinfecta nuestras heridas, nos pone unas inyecciones contra los dolores y contra el tétanos. Nos hace también unas radiografías. No tenemos nada roto salvo algunos dientes, pero se trata de dientes de leche.

El ordenanza nos devuelve a casa de la abuela. Nos acuesta en la cama grande del oficial y él se instala encima de una manta, junto a la cama. Por la mañana va a buscar a la abuela, que nos trae leche caliente a la cama.

Cuando el ordenanza se va, la abuela nos pregunta:

—¿Habéis confesado?

—No, abuela. No tenemos nada que confesar.

—Es lo que yo pensaba. Y al policía, ¿qué le ha pasado?

—No lo sabemos. Pero desde luego, no volverá nunca más.

La abuela se ríe.

—Deportado o fusilado, ¿eh? ¡Vaya cerdo! Vamos a celebrarlo. Calentaré un poco del pollo de ayer. Yo tampoco he comido nada.

A mediodía nos levantamos y vamos a comer a la cocina.

Durante la comida, la abuela dice:

—Me pregunto por qué quisisteis matarla. Pero supongo que tendríais vuestros motivos.

El caballero anciano

Justo después de la cena llega un caballero anciano con una chica mayor que nosotros.

La abuela le pregunta:

—¿Qué es lo que desea?

El caballero pronuncia un nombre y la abuela nos dice:

—Salid. Id a dar una vuelta por el jardín.

Salimos. Damos la vuelta a la casa y nos sentamos bajo la ventana de la cocina y escuchamos. El anciano dice:

—Tenga piedad.

La abuela responde:

—¿Cómo puede usted pedirme una cosa semejante?

El anciano dice:

—Usted conocía a sus padres. Me la confiaron antes de ser deportados. Me dieron su dirección por si no estaba ya segura en mi casa.

La abuela pregunta:

—¿Sabe usted lo que arriesgo?

—Sí, lo sé. Pero se trata de su vida.

—Hay un oficial extranjero en la casa.

—Justamente. Nadie la buscará aquí. Bastará con decir que es una nieta suya, la prima de los dos niños.

—Todo el mundo sabe que no tengo más nietos que esos dos.

—Puede decir que es de la familia de su yerno.

La abuela se ríe.

—¡A ése no le he visto en mi vida!

Después de un largo silencio, el caballero insiste:

—Sólo le pido que alimente a la niña durante algunos meses. Hasta que acabe la guerra.

—La guerra puede durar años todavía.

—No, no será tan larga.

La abuela se pone a lloriquear:

—No soy más que una pobre vieja que se mata a trabajar. ¿Cómo alimentar tantas bocas?

El caballero dice:

—Aquí tiene todo el dinero que poseían sus padres. Y las joyas de la familia. Todo es suyo si la salva.

Poco después, la abuela nos llama:

—Aquí tenéis a vuestra prima.

Nosotros decimos:

—Sí, abuela.

El caballero anciano dice:

—Jugaréis juntos los tres, ¿verdad?

—Nosotros no jugamos nunca.

Nos pregunta:

—Entonces, ¿qué hacéis?

—Trabajamos, estudiamos y hacemos ejercicios.

—Ya lo comprendo. Sois hombres serios. No tenéis tiempo para jugar. Cuidaréis a vuestra prima, ¿verdad?

—Sí, señor. Nosotros la cuidaremos.

—Os doy las gracias.

Nuestra prima dice:

—Yo soy mayor que vosotros.

—Pero nosotros somos dos.

El caballero anciano dice:

—Tenéis razón. Dos son mucho más fuertes que uno. Y no olvidaréis llamarla «prima», ¿verdad?

—No, señor. Nosotros no olvidamos nunca nada.

—Confío en vosotros.

Nuestra prima

Nuestra prima tiene cinco años más que nosotros. Tiene los ojos negros. Tiene los cabellos rojizos a causa de un producto que se llama henna.

La abuela nos dice que nuestra prima es la hija de la hermana de nuestro padre. Nosotros decimos lo mismo a cualquiera que nos pregunta sobre nuestra prima.

Sabemos que nuestro padre no tiene ninguna hermana. Pero también sabemos que, sin esa mentira, la vida de nuestra prima estaría en peligro. Además, hemos prometido al caballero anciano que la cuidaremos.

Después de irse el caballero anciano la abuela dice:

—Vuestra prima dormirá con vosotros en la cocina.

Nosotros decimos:

—Ya no hay sitio en la cocina.

La abuela dice:

—Arreglaos como podáis.

Nuestra prima dice:

—No me importa dormir en el suelo si me dais una manta.

—Puedes dormir en el banco y quedarte las mantas. Nosotros dormiremos en el desván. No hace tanto frío.

—Pues voy a dormir al desván con vosotros.

—No queremos que vengas con nosotros. No debes poner los pies jamás en el desván.

—¿Por qué?

Le decimos:

—Tú tienes un secreto. Nosotros también tenemos uno. Si no respetas nuestro secreto, nosotros no respetaremos el tuyo.

Ella pregunta:

—¿Seríais capaces de denunciarme?

—Si subes al desván, morirás. ¿Está claro?

Ella nos mira un momento en silencio, y después dice:

—Ya lo entiendo. Sois dos pequeños cabrones completamente chiflados. No subiré nunca a vuestra mierda de desván, os lo prometo.

Ella mantiene su promesa y no sube nunca al desván. Pero aparte de eso, nos incordia todo el tiempo.

Dice:

—Traedme frambuesas.

Le decimos:

—Ve tú misma a cogerlas al jardín.

Dice:

—Dejad de leer en voz alta. Me ponéis la cabeza como un bombo.

Nosotros seguimos leyendo.

Nos pregunta:

—¿Qué hacéis ahí, tirados en el suelo sin moveros, desde hace tres horas?

Nosotros continuamos nuestro ejercicio de inmovilidad aunque ella nos tira fruta podrida.

Dice:

—¡No os quedéis callados, me ponéis de los nervios!

Nosotros continuamos nuestro ejercicio de silencio sin responderle.

Nos pregunta:

—¿Por qué no coméis nada hoy?

—Es nuestro día de ejercicio de ayuno.

Nuestra prima no trabaja, ni estudia, ni hace ejercicios. A menudo mira el cielo, a veces llora.

La abuela no pega nunca a nuestra prima. Tampoco la insulta. No le pide que trabaje. No le pide nada. No le dirige la palabra jamás.

Las joyas

La misma noche de la llegada de nuestra prima nos vamos a dormir al desván. Cogemos dos mantas en la habitación del oficial y echamos un poco de heno en el suelo. Antes de acostarnos, miramos por los agujeros. En la habitación del oficial no hay nadie. En la de la abuela hay luz, cosa que raramente ocurre.

La abuela ha cogido la lámpara de petróleo de la cocina y la ha colgado encima de su tocador. Es un antiguo mueble con tres espejos. El del centro es fijo, y los otros dos móviles. Se pueden mover

para verse de perfil.

La abuela está sentada delante del tocador, y se mira en el espejo. Encima de la cabeza y de su pañoleta negra se ha puesto una cosa brillante. En el cuello lleva varios collares, y lleva los brazos cargados de pulseras y los dedos de anillos. Se contempla y habla sola:

—Rica, rica. Es fácil estar guapa con todas estas cosas. Fácil. Qué vueltas da la vida. Ahora son mías todas estas joyas. Mías. Es de justicia. Cómo brillan...

Más tarde, dice:

—¿Y si vuelven? ¿Y si me las reclaman? Una vez pasado el peligro, se olvidarán. No saben lo que es el agradecimiento. Prometen el oro y el moro, y luego...

No, no, ya están muertos. El caballero anciano también morirá. Ha dicho que me lo podía quedar todo..., Pero la chica... Ella lo ha visto todo, lo ha oído todo.

Querrá quitármelas. Seguro. Después de la guerra las reclamará. Pero yo no quiero, no puedo devolverlas. Son mías. Para siempre.

»Ella tiene que morir también. Así no habrá pruebas. Ojos que no ven, corazón que no siente. Sí, la chica morirá. Tendrá un accidente. Justo antes de que acabe la guerra. Sí, un accidente es lo que hace falta. Nada de veneno. Esta vez no. Un accidente. Ahogada en el río. Meterle la cabeza debajo del agua. Difícil. Empujarla por la escalera de la bodega. No es lo bastante alta. El veneno. Tiene que ser veneno. Algo lento. Bien dosificado. Una enfermedad que la vaya royendo poco a poco, durante meses. No hay médico. Mucha gente muere así, por falta de cuidados, durante la guerra.

La abuela levanta el puño, amenaza a su imagen en el espejo:

—¡No podréis nada contra mí! ¡Nada!

Se ríe. Se quita las joyas, las guarda en un saquito de tela y lo mete en su jergón. Se acuesta, nosotros también.

Al día siguiente por la mañana, cuando nuestra prima sale de la cocina, le decimos a la abuela:

—Abuela, queríamos decirte una cosa.

—¿Qué pasa ahora?

—Escucha bien, abuela. Hemos prometido al caballero anciano que cuidaríamos a nuestra prima. O sea que no va a pasarle nada. Ni accidente, ni enfermedad. Nada. Y a nosotros tampoco.

Le enseñamos un sobre cerrado:

—Aquí está todo escrito. Vamos a darle esta carta al señor cura. Si le pasa algo a alguno de nosotros tres, el cura abrirá la carta. ¿Lo has entendido bien, abuela?

La abuela nos mira con los ojos casi cerrados. Respira muy fuerte. Dice muy bajito:

—¡Hijos de perra, de puta y del diablo! ¡Maldito sea el día que nacisteis!

Por la tarde, cuando la abuela se va a trabajar en su viña, registramos su jergón. No hay nada dentro.

Nuestra prima y su enamorado

Nuestra prima se pone seria, ya no nos incordia más. Se lava todos los días en el barreño grande que hemos comprado con el dinero ganado en los bares. Se lava la ropa a menudo y la braguita también. Mientras se seca su ropa, se envuelve en una toalla o bien se echa al sol con la braguita puesta y secándose en el cuerpo. Está toda morena. Los cabellos le llegan hasta las nalgas. A veces se vuelve de espaldas y se tapa el pecho con el pelo.

Por la noche se va al pueblo. Se queda cada vez más tiempo en el pueblo. Una noche la seguimos sin que se dé cuenta.

Cerca del cementerio se une a un grupo de chicos y chicas, todos mayores que nosotros. Están sentados bajo los árboles, fuman. También tienen botellas de vino. Beben a morro. Uno de ellos vigila junto al camino. Si alguien se acerca, el vigilante se pone a silbar una canción conocida y se

queda sentado tranquilamente.

El grupo se dispersa y se esconde entre los arbustos o detrás de las lápidas de las tumbas. Cuando ha pasado el peligro, el vigilante silba otra canción.

El grupo habla de la guerra en voz baja y también de desertiones, deportaciones, resistencia, liberación...

Según ellos, los militares extranjeros que están en nuestro país y que pretenden ser nuestros aliados en realidad son nuestros enemigos, y los que pronto llegarán y ganarán la guerra no son enemigos sino, por el contrario, liberadores.

Dicen:

—Mi padre se ha pasado al otro lado. Volverá con ellos.

—Mis padres se han unido a los partisanos. Yo era demasiado joven para ir con ellos.

—A los míos se los han llevado esos cerdos. Deportados.

—No volverás a verlos nunca a tus padres. Ni yo tampoco. Ahora ya están todos muertos.

—Eso no es seguro. Habrá supervivientes.

—Y vengaremos a los muertos.

—Éramos demasiado jóvenes. Lástima. No hemos podido hacer nada.

—Pronto habrá terminado. «Ellos» llegarán de un momento a otro.

—Les esperaremos en la plaza principal con flores.

Más tarde, por la noche, el grupo se dispersa. Cada uno vuelve a su casa.

Nuestra prima se va con un chico. La seguimos. Se internan en las estrechas callejuelas del castillo, desaparecen detrás de un muro en ruinas. Ya no los vemos,

pero los oímos.

Nuestra prima dice:

—Échate encima de mí. Sí, así. Bésame. Bésame.

El chico dice:

—¡Qué guapa eres! Te deseo mucho.

—¡Qué guapa eres! Te deseo mucho.

—Yo también. Pero tengo miedo. ¿Y si me quedo embarazada?

—Me casaré contigo. Te quiero. Nos casaremos después de la liberación.

—Somos demasiado jóvenes. Hay que esperar.

—No puedo esperar.

—¡Para! Me haces daño. No debemos, no debemos, cariño.

El chico dice:

—Sí, tienes razón. Pero acaríciame. Dame la mano. Acaríciame ahí, así. Vuélvete. Quiero besarte ahí mientras me acaricias.

Nuestra prima dice:

—No, no hagas eso. Me da vergüenza. ¡Ah! ¡Sigue, sigue! Te quiero, te quiero mucho.

Volvemos.

La bendición

Nos vemos obligados a volver a la rectoría para devolver los libros que nos habían prestado.

De nuevo es una anciana quien nos abre la puerta. Nos hace pasar y dice:

—El señor cura os espera.

El cura dice:

—Sentaos.

Nosotros dejamos los libros en su escritorio. Nos sentamos.

El cura nos mira un momento y luego dice:

—Os esperaba. No venís desde hace mucho tiempo.

—Queríamos acabar los libros. Y estamos muy ocupados.

—¿Y vuestro baño?

—Ahora ya tenemos todo lo que necesitamos para bañarnos. Hemos comprado un barreño, jabón, unas tijeras, cepillos de dientes.

—¿Con qué? ¿Con qué dinero?

—Con el dinero que ganamos haciendo música en los bares.

—Los bares son lugares de perdición. Sobre todo a vuestra edad.

Nosotros no respondemos.

—No habéis venido tampoco a buscar el dinero de la ciega. Ahora es una cantidad considerable. Tomadla.

Nos tiende el dinero. Nosotros decimos:

—Guárdese. Ya nos ha dado suficiente. Cogíamos su dinero cuando era absolutamente necesario. Ahora ganamos el dinero suficiente para darle algo a Cara de Liebre. También le hemos enseñado a trabajar. Le hemos ayudado a cultivar la tierra de su huerto y a plantar patatas, judías, calabacines y tomates. Le hemos dado pollitos y conejos para criar. Se ocupa de su huerto y sus animales. Ya no mendiga. Ya no necesita su dinero.

El cura dice:

—Entonces, coged este dinero para vosotros. Así no os veréis obligados a trabajar en los bares.

—Pero nos gusta trabajar en los bares.

Él dice:

—Me he enterado de que os han pegado, os han torturado.

Le preguntamos:

—¿Qué ha sido de su sirvienta?

—La reclutaron para ir al frente a cuidar a los heridos. Ha muerto.

Nos llamamos. Él nos pregunta:

—¿Queréis confiar en mí? Estoy obligado por el secreto de la confesión. No tenéis nada que temer. Confesaos.

Nosotros le decimos:

—No tenemos nada que confesar.

—Estáis equivocados. Un crimen así es muy pesado de sobrellevar. La confesión os aliviaría. Dios perdona a todos los que se arrepienten sinceramente de sus pecados.

—No nos arrepentimos de nada. No tenemos nada de lo que arrepentirnos.

Después de un largo silencio, dice:

—Lo vi todo por la ventana. El trozo de pan... Pero la venganza pertenece a Dios. Vosotros no tenéis derecho a sustituirle. Nos llamamos. Él nos pregunta:

—¿Puedo bendeciros?

—Si le apetece.

Pone las manos sobre nuestras cabezas:

—Dios todopoderoso, bendice a estos niños. Sea cual sea su crimen, perdónalos. Ovejas descarriadas en un mundo abominable, ellos mismos son víctimas de nuestra época pervertida, y no saben lo que hacen. Te imploro que salves sus almas infantiles y las purifiques en tu infinita bondad y misericordia. Amén.

Después nos dice:

—Volved a verme de vez en cuando, aunque no necesitéis nada.

La huida

De la noche a la mañana aparecen unos carteles en las paredes del pueblo. En uno de ellos se ve a un anciano tirado en el suelo con el cuerpo traspasado por la bayoneta de un soldado enemigo. En otro cartel, un soldado enemigo golpea a un niño con otro niño que sujeta por los pies. En otro cartel, un soldado enemigo la bayoneta de un soldado enemigo. En otro cartel, un soldado enemigo golpea a un niño con otro niño que sujeta por los pies. En otro cartel, un soldado enemigo tira del brazo de una mujer y con la otra mano le desgarró la blusa. La mujer tiene la boca abierta y las lágrimas corren por sus mejillas.

La gente que mira los carteles se queda aterrorizada.

La abuela se ríe y dice:

—Qué mentiras. No debéis tener miedo.

La gente dice que la ciudad ha caído.

La abuela dice:

—Si han atravesado el Gran Río, nada les detendrá ya. Pronto estarán aquí.

Nuestra prima dice:

—Entonces podré volver.

Un día, la gente dice que el ejército se ha rendido, que es el armisticio, que la guerra ha terminado.

Al día siguiente la gente dice que hay un nuevo gobierno y que la guerra continúa.

Llegan muchos soldados extranjeros en tren o en camión. Y soldados de nuestro país también. Los heridos son numerosos. Cuando la gente pregunta a los soldados de nuestro país, responden que no saben nada. Atraviesan el pueblo. Van a otro país por la carretera que pasa junto al campo.

La gente dice:

—Huyen. Es la desbandada.

Otros dicen:

—Se repliegan. Se reagrupan detrás de la frontera. Aquí es donde les van a parar. Nunca dejarán que el enemigo atraviese la frontera.

La abuela dice:

—Ya veremos.

Pasa mucha gente delante de la casa de la abuela. También se van al otro país. Dicen que hay que abandonar nuestro país para siempre, porque llega el enemigo y se vengará. Reducirá a nuestro pueblo a la esclavitud.

Algunos se van a pie, con un saco al hombro, otros empujan sus bicicletas cargadas de los objetos más diversos: un edredón, un violín, un cochinito en una jaula, ollas. Otros van encaramados a unas carretas tiradas por caballos: se llevan todos sus muebles.

La mayor parte son de nuestro pueblo, pero algunos vienen de más lejos.

Una mañana, el ordenanza y el oficial extranjero vienen a decirnos adiós.

El ordenanza dice:

—La cosa está jodida. Pero es mejor estar vencido que muerto.

Se ríe. El oficial pone un disco en el gramófono y escuchamos en silencio, sentados en la cama grande. El oficial nos aprieta contra su cuerpo y llora.

—No os volveré a ver nunca más.

—Ya tendrá hijos.

—No los quiero.

Y dice también señalando los discos y el gramófono:

—Guardad todo esto en recuerdo mío. Pero el diccionario no. Tendréis que aprender otro idioma.

El osario

Una noche oímos explosiones, tiroteos, ráfagas de ametralladora. Salimos de casa a ver qué pasa.

Hay un fuego enorme en el emplazamiento del campo.

Creemos que ha llegado el enemigo, pero al día siguiente el pueblo está silencioso, no se oye más que el retumbar lejano de los cañones.

Al final de la carretera que conduce a la base no hay ya centinela. Una espesa humareda de olor repugnante sube hacia el cielo. Decidimos ir a ver.

Entramos en el campo. Está vacío. No hay nadie por ninguna parte. Algunos edificios siguen ardiendo. El hedor es insoportable. Nos tapamos la nariz y avanzamos, aun así. Subimos a una torre de vigilancia. Vemos una plaza muy grande en la cual se alzan cuatro piras negras. Localizamos una abertura, una brecha en la barrera. Bajamos de la torre y encontramos la entrada. Es una puerta grande de hierro, abierta. Encima está escrito, en lengua extranjera: «campo de tránsito».

Entramos.

Las piras negras que habíamos visto desde arriba son cadáveres carbonizados. Algunos han ardido bien, no quedan más que los huesos. Otros apenas están ennegrecidos. Hay muchos. Grandes y pequeños. Adultos y niños. Pensamos que antes los han matado, y después los han amontonado y les han echado gasolina para prenderles fuego.

Vomitamos. Salimos corriendo del campo. Volvemos a casa. La abuela nos llama para comer, pero seguimos vomitando.

La abuela dice:

—Habéis comido alguna marranada.

—Sí, manzanas verdes.

Nuestra prima dice:

—El campo ha ardido. Deberíamos ir a ver. Seguramente ya no queda nadie allí.

—Ya hemos ido. No hay nada interesante.

La abuela se ríe.

—¿No se han olvidado de nada los héroes? ¿Se lo han llevado todo con ellos? ¿No han dejado nada útil? ¿Habéis mirado bien?

—Sí, abuela. Hemos mirado bien. No hay nada.

Nuestra prima sale de la cocina. La seguimos. Le preguntamos:

—¿Adónde vas?

—Al pueblo.

—¿Ya? Normalmente sólo vas por la noche.

Ella sonríe.

—Sí, pero es que espero a alguien. ¡Escuchad!

Nuestra prima nos sonríe y después se va corriendo al pueblo.

Nuestra madre

Estamos en el jardín. Un jeep militar se detiene ante la casa. Baja nuestra madre seguida de un oficial extranjero. Atraviesan el jardín casi corriendo. Nuestra madre lleva un bebé en brazos. Nos ve, grita:

—¡Venid! Venid rápido al jeep. Nos vamos. Daos prisa. ¡Dejad lo que estáis haciendo y venid!

Nosotros le preguntamos:

—¿De quién es ese bebé?

Ella dice:

—Es vuestra hermanita. ¡Venid! No hay tiempo que perder.

Le preguntamos:

—¿Adónde vamos?

—A otro país. Dejad de hacer preguntas y venid.

Nosotros decimos:

—No queremos ir. Queremos quedarnos aquí.

Nuestra madre dice:

—Tengo que irme. Y vosotros vendréis conmigo.

—No. Nos quedamos aquí.

La abuela sale de la casa. Le dice a nuestra madre:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es eso que llevas en los brazos?

—He venido a buscar a mis hijos. Ya te enviaré dinero, madre.

La abuela dice:

—No quiero tu dinero. Y no pienso devolverte a los niños.

Nuestra madre pide al oficial que nos lleve a la fuerza. Nosotros subimos rápidamente al desván por la cuerda. El oficial intenta cogernos pero nosotros le damos patadas en la cara. El oficial suelta unas palabrotas. Nosotros seguimos subiendo por la cuerda.

La abuela se ríe.

—Ya ves, no quieren irse contigo.

Nuestra madre grita muy fuerte:

—¡Os ordeno que bajéis inmediatamente!

La abuela dice:

—No obedecen jamás las órdenes.

Nuestra madre se echa a llorar.

—Venid, cariños míos. No puedo irme sin vosotros.

La abuela dice:

—¿No tienes bastante con ese bastardo extranjero?

Nosotros decimos:

—Estamos bien aquí, mamá. Vete tranquila. Estamos muy bien en casa de la abuela.

Se oyen los disparos de los cañones y de las metralletas. El oficial coge a nuestra madre por los hombros y la lleva hacia el coche. Pero nuestra madre se suelta.

—¡Son mis hijos, los quiero! ¡Los amo!

La abuela dice:

—Yo los necesito. Soy vieja. Tú puedes hacer otros todavía. ¡Ahí está la prueba!

Nuestra madre dice:

—Te lo suplico, no los retengas.

La abuela dice:

—Yo no los retengo. Vamos, chicos, bajad enseguida e idos con vuestra mamá.

Nosotros decimos:

—No queremos irnos. Queremos quedarnos contigo, abuela.

El oficial coge a nuestra madre en sus brazos, pero ella le rechaza. El oficial va a sentarse en el jeep y pone el motor en marcha. En ese momento exacto se produce una explosión en el jardín. Después vemos a nuestra madre en el suelo. El oficial corre hacia ella. La abuela quiere apartarnos. Dice:

—¡No miréis! ¡Entrad en casa!

El oficial jura, corre a su jeep y se va como una exhalación.

Nosotros miramos a nuestra madre. Los intestinos se le salen del vientre. Está toda roja. El bebé también. La cabeza de nuestra madre cuelga encima del hoyo que ha hecho el obús. Sus ojos están todavía abiertos y mojados de lágrimas.

La abuela dice:

—¡Id a buscar la pala!

Ponemos una manta en el fondo del hoyo» y colocamos encima a nuestra madre. Sigue llevando al bebé apretado contra su pecho. Las tapamos con otra manta y después llenamos el agujero de tierra.

Cuando nuestra prima vuelve de la ciudad pregunta:

—¿Ha pasado algo?

Nosotros decimos:

—Sí, un obús ha hecho un agujero en el jardín.

La partida de nuestra prima

Toda la noche oímos disparos, explosiones. Al amanecer se hace el silencio bruscamente. Nos dormimos en la enorme cama del oficial. Su lecho se convierte en nuestro lecho, y su habitación en nuestra habitación.

Por la mañana vamos a tomar el desayuno a la cocina. La abuela está delante del fogón. Nuestra prima está plegando sus mantas.

Dice:

—En realidad, no he dormido nada.

Nosotros le decimos:

—Duerme en el jardín. Ya no hay ruido y hace calor.

Nos pregunta:

—¿No habéis tenido miedo esta noche?

Nos encogemos de hombros sin responder.

Llaman a la puerta. Entra un hombre vestido de civil, seguido de dos soldados. Los soldados llevan metralletas y un uniforme que no habíamos visto nunca.

La abuela dice algo en el idioma que habla cuando bebe aguardiente. Los soldados le responden. La abuela se les echa al cuello, los besa uno detrás de otro, y después les sigue hablando.

El civil dice:

—¿Habla usted su idioma, señora?

La abuela responde:

—Es mi lengua materna, señor.

Nuestra prima pregunta:

—¿Ya están aquí? ¿Cuándo han llegado? Queríamos esperarles en la plaza principal con ramos de flores.

El civil pregunta:

—¿Queríais? ¿Quiénes?

—Mis amigos y yo.

El civil sonríe.

—Pues es demasiado tarde. Llegaron anoche. Y yo después. Busco a una muchacha.

Pronuncia un nombre. Nuestra prima dice:

—Sí, soy yo. ¿Dónde están mis padres?

El civil dice:

—No lo sé. Sólo me han encargado que encuentre a los niños que están en esta lista. Iremos primero a un centro de acogida de la ciudad. Después, haremos investigaciones para encontrar a vuestros padres.

Nuestra prima dice:

—Tengo un amigo aquí. ¿Está también en su lista?

Le dice el nombre de su enamorado. El civil consulta su lista:

—Sí. Ya está en el cuartel general del ejército. Haréis el viaje juntos. Prepara tus cosas.

Nuestra prima, muy contenta, embala su ropa y reúne sus cosas de baño y las pone en su toalla.

El civil se vuelve a nosotros:

—¿Y vosotros? ¿Cómo os llamáis?

La abuela dice:

—Son mis nietos. Se quedarán conmigo.

—Sí, nos quedaremos con la abuela.

El civil dice:

—De todos modos, me gustaría saber vuestro nombre.

Se lo decimos. Mira sus documentos.

—No estáis en mi lista. Puede quedarse con ellos, señora.

La abuela dice:

—¡Vaya! ¡Así que me los puedo quedar!

Nuestra prima dice entonces:

—Estoy preparada. Vamos.

El civil dice:

—No tengas tanta prisa. Al menos podrías darle las gracias a la señora, y despedirte de estos chiquillos.

Nuestra prima dice:

—¿Chiquillos? Menudos cabroncetes.

Nos aprieta contra su cuerpo, muy fuerte.

—No os beso, ya sé que no os gustan esas cosas. No hagáis tonterías, sed prudentes.

Nos aprieta más fuerte aún, está llorando. El civil la coge por el brazo y le dice a la abuela:

—Le doy las gracias, señora, por todo lo que ha hecho por esta niña.

Salimos todos. Delante de la puerta del jardín hay un jeep. Los dos soldados se instalan delante, el civil y nuestra prima detrás. La abuela les grita algo. Los soldados se ríen. El jeep arranca. Nuestra prima no se vuelve.

La llegada de nuevos extranjeros

Después de la partida de nuestra prima, vamos al pueblo a ver qué ocurre.

En cada esquina de las calles hay un tanque. En la plaza principal hay camiones, jeeps, motos, sidecares y muchos militares por todas partes. En la plaza del En cada esquina de las calles hay un tanque. En la plaza principal hay camiones, jeeps, motos, sidecares y muchos militares por todas partes. En la plaza del mercado, que no está asfaltada, montan unas tiendas e instalan unas cocinas de campaña.

Cuando pasamos a su lado nos sonríen, nos hablan, pero no entendemos lo que nos dicen.

Aparte de los militares no hay nadie en las calles. Las puertas de las casas están cerradas, los postigos cerrados también, las persianas de las tiendas bajas.

Volvemos y le decimos a la abuela:

—Todo está tranquilo en el pueblo.

Ella se ríe.

—De momento están descansando, pero esta tarde ya veréis.

—¿Qué pasará, abuela?

—Van a requisar. Entrarán y lo registrarán todo. Y cogerán lo que quieran. Ya he vivido una guerra y sé lo que pasa. Nosotros no tenemos nada que temer:

aquí no hay nada que coger, y yo sé hablar su idioma.

—¿Pero qué buscan, abuela?

—Espías, armas, municiones, relojes, oro, mujeres.

Por la tarde, en efecto, los militares empiezan a registrar las casas sistemáticamente. Si no les abren disparan al aire y después rompen la puerta.

Muchas casas están vacías. Los habitantes se han ido definitivamente o bien se esconden en el bosque. Esas casas deshabitadas son registradas igual que todas las demás, así como las tiendas y

almacenes.

Después del paso de los militares son los ladrones los que invaden los almacenes y las casas abandonadas. Los ladrones son sobre todo niños y viejos, algunas mujeres también, que no tienen miedo a nada o son pobres.

Nos encontramos con Cara de Liebre. Lleva los brazos cargados de vestidos y zapatos. Nos dice:

—Daos prisa mientras quede todavía algo que coger. Yo ya he ido de compras tres veces.

Entramos en la librería, que tiene la puerta rota. Allí no hay más que algunos niños más pequeños que nosotros. Cogen lápices y ceras de colores, gomas, sacapuntas y escuadras.

Nosotros elegimos tranquilamente lo que necesitamos: una enciclopedia completa en varios volúmenes, lápices y papel.

En la calle, un viejo y una vieja se pelean por un jamón ahumado. Están rodeados de gente que se ríe y los jalea. La mujer araña la cara del viejo y, finalmente, es ella la que se lleva el jamón.

Los ladrones se emborrachan con el alcohol robado, se pelean, rompen las ventanas de las casas y los escaparates de las tiendas que han saqueado, rompen la vajilla, tiran al suelo los objetos que no necesitan o que no se pueden llevar.

Los militares también beben y vuelven a las casas, pero, en esta ocasión, para buscar mujeres.

Se oyen por todas partes disparos y gritos de mujeres violadas.

En la plaza principal, un soldado toca el acordeón. Otros soldados bailan y cantan.

El incendio

Desde hace varios días no vemos ya a la vecina en el jardín. Ya no vemos tampoco a Cara de Liebre. Vamos a ver.

La puerta de la casucha está abierta. Entramos. Las ventanas son pequeñas. Está oscuro en la habitación, y sin embargo, el sol brilla fuera.

Cuando nuestros ojos se acostumbran a la penumbra distinguimos a la vecina echada en la mesa de la cocina. Le cuelgan las piernas, tiene los brazos encima de la cara. No se mueve.

Cara de Liebre está tirada en la cama. Desnuda. Entre sus piernas separadas se ve un charco reseco de sangre y esperma. Con los párpados pegados para siempre, los labios retraídos y mostrando unos dientes negros en una sonrisa eterna, Cara de Liebre está muerta.

La vecina dice:

—Marchaos.

Nosotros nos acercamos y le preguntamos:

—¿No está sorda?

—No. Y tampoco estoy ciega ya. Marchaos.

Le decimos:

—Queremos ayudarla.

—No necesito ayuda. No necesito nada. Marchaos.

Le preguntamos:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Ya lo veis. Ella está muerta, ¿verdad?

—Sí. ¿Han sido los nuevos extranjeros?

—Sí. Fue ella quien les llamó. Salió a la carretera, les hizo señas de que vinieran. Eran doce o quince. Y mientras le pasaban por encima, ella no dejaba de gritar: «¡qué contenta estoy, qué contenta estoy! ¡Venid todos, venid, otro más, otro más aún!. Ha muerto feliz, follada hasta la muerte. ¡Pero yo no estoy muerta!

Me he quedado aquí echada sin comer, sin beber, yo no sé desde hace cuánto tiempo. Y la muerte no viene. Cuando la llamas, nunca viene. Se divierte torturándonos. Yo la llamo desde hace años y

ella me ignora.

Le preguntamos:

—¿Desea morir de verdad?

—¿Qué otra cosa podría desear? Si queréis hacer algo por mí, pegadle fuego a la casa. No quiero que nadie nos encuentre así.

Nosotros le decimos:

—Pero va a sufrir horriblemente.

—No os preocupéis por eso. Pegadle fuego si sois capaces, y ya está.

—Sí, señora, claro que somos capaces. Puede contar con nosotros.

Le cortamos el cuello de un navajazo y luego vamos a sacar gasolina de un vehículo del ejército.

Al día siguiente la abuela nos dice:

—La casa de la vecina se ha quemado. Estaban dentro, la hija y ella. La hija debió de olvidarse algo al fuego, como estaba loca...

Nosotros vamos a recuperar las gallinas y los conejos, pero los vecinos ya se los han llevado durante la noche.

El final de la guerra

Durante unas semanas vemos desfilar ante la casa de la abuela al ejército victorioso de los nuevos extranjeros, a los que ahora se llama el ejército liberador.

Tanques, cañones, carros, camiones atraviesan la frontera noche y día. El frente se aleja cada vez más y más al interior del país vecino.

En sentido inverso, llega otro desfile: los prisioneros de guerra, los vencidos. Entre ellos muchos hombres de nuestro país. Llevan todavía uniforme, pero no tienen armas ya, ni galones. Van a pie, con la cabeza baja, hasta la estación donde les embarcan en vagones. Hacia dónde y por cuánto tiempo, eso nadie lo sabe.

La abuela dice que se los llevan muy lejos, a un país frío y deshabitado donde les obligarán a trabajar tan duro que no volverá ninguno de ellos. Morirán todos de frío, de cansancio, de hambre y de todo tipo de enfermedades.

Un mes después de que nuestro país haya sido liberado, la guerra ha acabado en todas partes y los liberadores se instalan en nuestro país para siempre, según dicen. Entonces le pedimos a la abuela que nos enseñe su idioma. Ella dice:

—¿Cómo queréis que os lo enseñe? No soy profesora.

Nosotros le decimos:

—Es muy sencillo, abuela. Sólo tienes que hablarnos en ese idioma todo el día y acabaremos por entenderte.

Pronto sabemos lo suficiente para servir de intérpretes entre los habitantes y los liberadores. Aprovechamos para comerciar con los productos que el ejército posee en abundancia: cigarrillos, tabaco, chocolate. Los cambiamos por lo que poseen los civiles: vino, aguardiente, fruta.

El dinero ya no tiene valor, todo el mundo hace trueque.

Las chicas se acuestan con los soldados a cambio de medias de seda, joyas, perfumes, relojes y otros objetos que los militares han cogido en las ciudades que han atravesado.

La abuela no va ya al mercado con su carretilla. Son las damas bien vestidas las que vienen a casa de la abuela a suplicarle que les cambie una sortija o unos pendientes por un pollo o un salchichón.

Se distribuyen cartillas de racionamiento. La gente hace cola delante de la carnicería y la panadería desde las cuatro de la mañana. Las demás tiendas permanecen cerradas, a falta de mercancías.

A todo el mundo le falta de todo.

A la abuela y a nosotros no nos falta de nada.

Más tarde, tenemos de nuevo un ejército y un gobierno propio, pero son los liberadores quienes dirigen nuestro ejército y nuestro gobierno. Su bandera ondea en todos los edificios públicos. La foto de su líder aparece por todas partes. Nos enseñan sus canciones, sus bailes, proyectan sus películas en nuestros cines. En los colegios el idioma de los liberadores es obligatorio, mientras que las demás lenguas extranjeras están prohibidas.

Contra nuestros liberadores o contra nuestro gobierno no está permitida ninguna crítica ni broma. Con una simple denuncia se lleva a la cárcel a cualquiera, sin procesos y sin juicios. Hombres y mujeres desaparecen sin que se sepa por qué, y su familia no vuelve a tener nunca noticias suyas. Reconstruyen la frontera. Ahora es infranqueable.

Nuestro país está bordeado de alambre de espinos; estamos totalmente separados del resto del mundo.

Otra vez al colegio

En otoño todos los niños vuelven al colegio excepto nosotros.

Le decimos a la abuela:

—Abuela, nosotros no queremos ir nunca a la escuela.

Ella dice:

—Eso espero. Os necesito aquí. ¿Y qué ibais a aprender en esa escuela?

—Nada, abuela, absolutamente nada.

Pronto recibimos una carta. La abuela pregunta:

—¿Qué dice?

—Dice que eres responsable de nosotros y que debemos presentarnos en la escuela.

—Quemad la carta. Yo no sé leer, y vosotros tampoco. Nadie ha leído esa carta.

Quemamos la carta. Pronto recibimos otra. Dice que si no vamos a la escuela la abuela será castigada por la ley. Quemamos también esa carta y le decimos a la abuela:

—Abuela, no olvides que uno de nosotros es ciego, y el otro sordo.

Unos días más tarde, se presenta un hombre en nuestra casa. Dice:

—Soy el inspector de escuelas primarias. Usted tiene en su casa dos niños en edad de escolarización obligatoria. Ya ha recibido dos avisos a este respecto.

La abuela dice:

—¿Habla usted de las cartas? Yo no sé leer. Ni los niños tampoco.

Uno de nosotros pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Qué está diciendo?

—Pregunta si sabemos leer. ¿Cómo es?

—Es alto y parece muy malo.

Gritamos los dos a la vez:

—¡Váyase! ¡No nos haga daño! ¡No nos mate! ¡Socorro!

Nos escondemos debajo de la mesa. El inspector pregunta a la abuela:

—¿Pero qué tienen? ¿Qué les pasa?

—¿Pero qué tienen? ¿Qué les pasa?

La abuela dice:

—¡Ah! ¡Pobrecillos, tienen miedo de todo el mundo! Han vivido cosas espantosas en la ciudad. Además, el uno es sordo y el otro ciego. El sordo debe explicarle al ciego lo que ve, y el ciego debe explicarle al sordo lo que oye. Si no, no entenderían nada.

Bajo la mesa, nosotros gritamos:

—¡Socorro, socorro! ¡Que explota! ¡Hace demasiado ruido! ¡Hay muchos relámpagos!

La abuela explica:

—Cuando algo les da miedo, oyen y ven cosas que no existen.

El inspector dice:

—Tienen alucinaciones. Habría que internarlos en un hospital.

Nosotros aullamos más fuerte aún.

La abuela dice:

—¡No, no, eso no! La desgracia pasó en un hospital. Fueron a visitar a su madre, que trabajaba allí. Cuando cayeron las bombas en el hospital, estaban allí y vieron a los heridos y los muertos: ellos mismos estuvieron en coma muchos días.

—Pobres niños. ¿Y dónde están sus padres?

—Muertos o desaparecidos. ¿Cómo saberlo?

—Deben de ser una carga muy pesada para usted.

—¿Y qué iba a hacer? No tienen a nadie más que a mí.

Al irse, el inspector da la mano a la abuela.

—Es usted una mujer muy valiente.

Recibimos una tercera carta donde dice que nos dispensan de asistir al colegio a causa de nuestra invalidez y de nuestros traumas psíquicos.

La abuela vende su viña

Un oficial viene a casa de la abuela para pedirle que le venda su viña. El ejército quiere construir en su terreno un edificio para los guardias de frontera.

La abuela pregunta:

—¿Y con qué me quieren pagar? El dinero no vale nada.

El oficial dice:

—A cambio de su terreno le instalaremos el agua corriente y la electricidad en casa.

—Yo no necesito su electricidad ni su agua corriente. Siempre he vivido sin ellas.

—Podríamos quitarle la viña sin ofrecerle nada a cambio. Y es lo que haremos si no acepta usted nuestra propuesta. El ejército necesita su terreno. Su deber de patriota es cedérselo.

La abuela abre la boca, pero nosotros intervenimos:

—Abuela, eres mayor y estás cansada. La viña te da mucho trabajo, y no te aporta casi nada. Por el contrario, el valor de tu casa aumentará mucho con el agua y la electricidad.

El oficial dice:

—Sus nietos son más inteligentes que usted, abuela.

La abuela dice:

—¡Desde luego que sí! Discúptalo con ellos, pues. Que decidan ellos.

—Pero yo necesito su firma.

—Firmaré lo que quiera. Y de todos modos, no sé escribir.

La abuela se echa a llorar, se levanta, nos dice:

—Confío en vosotros.

Y se va a su viña.

El oficial dice:

—¡Qué cariño le tiene a su viña la pobre viejecita! Entonces, ¿asunto arreglado?

Nosotros le decimos:

—Como habrá podido constatar usted mismo, ese terreno tiene un gran valor sentimental para ella, y el ejército, ciertamente, no querrá despojar de un bien adquirido con tantos sacrificios a una pobre anciana que, además, es originaria del país de nuestros heroicos libertadores.

—¿Ah, sí? ¿Es de origen...?

—Sí. Habla perfectamente su idioma. Y nosotros también. Así que si tienen intención de cometer

algún abuso...

El oficial dice al momento:

—¡No, no, claro que no! ¿Qué es lo que queréis?

—Además del agua y la electricidad, queremos un cuarto de baño.

—¡Nada menos! ¿Y dónde lo queréis el cuarto de baño?

Le llevamos hasta nuestra habitación, le enseñamos dónde queremos nuestro cuarto de baño.

—Aquí, que dé a nuestra habitación. De siete a ocho metros cuadrados. Con bañera encastada, lavabo, ducha, calentador y váter.

Nos mira largamente. Dice:

—Es factible.

—Y queremos también un aparato de radio. No tenemos y nos resulta imposible comprar uno.

Él nos pregunta:

—¿Y eso es todo?

—Sí, es todo.

Él se echa a reír.

—Tendréis vuestro cuarto de baño y vuestra radio. Pero habría hecho mejor en discutir con vuestra abuela.

—Tendréis vuestro cuarto de baño y vuestra radio. Pero habría hecho mejor en discutir con vuestra abuela.

La enfermedad de la abuela

Una mañana, la abuela no sale de su habitación. Llamamos a su puerta, le gritamos, y ella no responde.

Vamos por detrás de la casa, rompemos un cristal de la ventana de su habitación para poder entrar.

La abuela está echada en la cama y no se mueve. Sin embargo respira, y su corazón late. Uno de nosotros se queda junto a ella y el otro va a buscar a un médico.

El médico examina a la abuela y dice:

—Vuestra abuela ha tenido un ataque de apoplejía, una hemorragia cerebral.

—¿Y se va a morir?

—Pues no se sabe. Es vieja, pero su corazón es fuerte. Dadle estos medicamentos tres veces al día. Y haría falta alguien para que se ocupara de ella.

Le decimos:

—Nosotros nos ocuparemos de ella. ¿Qué hay que hacer?

—Darle de comer, lavarla. Probablemente se quede paralizada para siempre.

El médico se va. Preparamos un puré de verduras y se lo damos a comer a la abuela con una cucharilla. Por la noche huele muy mal en su habitación.

Levantamos las mantas: su colchón está lleno de excrementos.

Vamos a buscar paja a casa de un campesino y compramos unas bragas de goma para bebé y unos pañales.

Desnudamos a la abuela, la lavamos en nuestra bañera, le preparamos una cama limpia. Está tan delgada que las bragas de bebé le van bien. Le cambiamos los pañales varias veces al día.

Una semana después la abuela empieza a mover las manos. Una mañana nos recibe con insultos:

—¡Hijos de perra! ¡Asad una gallina! ¿Cómo queréis que recupere las fuerzas con vuestras verduras y vuestros purés? ¡Y también quiero leche de cabra!

Espero que no hayáis descuidado nada mientras he estado enferma...

—No, abuela, no hemos descuidado nada.

—¡Ayudadme a levantarme, golfos!

—Abuela, tienes que seguir echada, el médico lo ha dicho.

—¡Bah, el médico! ¡Valiente imbécil! ¡Paralizada para siempre! ¡Ya le enseñaré yo lo paralizada que me voy a quedar!

La ayudamos a levantarse, la acompañamos a la cocina, la sentamos en un banco. Cuando la gallina está hecha, se la come toda ella sola. Después de la cena dice:

—¿A qué esperáis? Fabricadme un bastón bien sólido, deprisa, holgazanes, quiero ir a ver si todo está bien.

Corremos hacia el bosque, encontramos una rama adecuada y, bajo su dirección, tallamos un bastón a la medida de la abuela. Lo coge y nos amenaza:

—¡Ay de vosotros si no está todo en orden!

Se va al jardín. La seguimos de lejos. Entra en el retrete y la oímos murmurar:

—¡Unas bragas! ¡Vaya idea! ¡Están completamente locos!

Cuando vuelve a casa, vamos a ver a la letrina. Ha tirado las bragas y los pañales por el agujero.

El tesoro de la abuela

Una tarde, la abuela dice:

—Cerrad bien todas las puertas y ventanas. Quiero hablar con vosotros y no quiero que nadie nos oiga.

—Nunca pasa nadie por aquí, abuela.

—Los guardias de frontera se pasean por todas partes, lo sabéis muy bien. Y no les da ningún reparo ponerse a escuchar junto a las puertas. Traedme también una hoja de papel y un lápiz.

Le preguntamos:

—¿Quieres escribir, abuela?

Ella grita:

—¡Obedeced! ¡No hagáis preguntas!

Cerramos las ventanas y las puertas y le llevamos el papel y el lápiz. La abuela, sentada en el otro extremo de la mesa, dibuja algo en la hoja. Dice, cuchicheando:

—Aquí es donde está mi tesoro.

Nos tiende la hoja. Ha dibujado un rectángulo, una cruz y, debajo de la cruz, un círculo. La abuela nos pregunta:

—¿Lo habéis entendido?

—Sí, abuela, lo hemos entendido. Pero ya lo sabíamos.

—¿Cómo, qué es lo que sabíais ya?

Le respondemos, cuchicheando:

—Que tu tesoro se encuentra debajo de la cruz de la tumba del abuelo.

La abuela se calla un momento y después dice:

—Tendría que haberme dado cuenta. ¿Lo sabéis desde hace mucho tiempo?

—Desde hace mucho tiempo, abuela. Desde que te vimos arreglar la tumba del abuelo.

La abuela respira muy fuerte.

—No sirve de nada enfadarse. De todos modos, todo será para vosotros. Ahora ya sois lo bastante inteligentes para saber qué hacer con todo eso.

Nosotros le decimos:

—Por el momento, no podemos hacer gran cosa.

La abuela dice:

—No. Tenéis razón. Hay que esperar. ¿Sabréis esperar?

—Sí, abuela.

Nos callamos un momento los tres, y después la abuela nos dice:

—Eso no es todo. Cuando tenga otro ataque, debéis saber que no quiero ni vuestros baños, ni vuestras bragas ni vuestros pañales.

Se levanta, rebusca en un estante entre sus botes. Vuelve con una botellita azul.

—En lugar de todas esas guarradas de medicamentos, me pondréis el contenido de esta botellita en el primer vaso de leche.

Nosotros no le respondemos. Ella grita:

—¿Me habéis entendido, hijos de perra?

No le respondemos. Ella nos dice:

—¿Acaso tenéis miedo de la autopsia, pequeños cagados? No habrá autopsia. No buscan tres pies al gato cuando una vieja se muere después de un segundo ataque.

Le decimos:

—No tenemos miedo de la autopsia, abuela. Sólo pensamos que igual puedes recuperarte por segunda vez.

—No. No me recuperaré. Lo sé. Y entonces habrá que acabar cuanto antes.

No decimos nada. La abuela se echa a llorar:

—No sabéis lo que es estar paralizada. Verlo todo, oírlo todo, y no poder moverse. Si no sois capaces ni siquiera de hacerme ese pequeño favor, es que sois unos ingratos, unas serpientes que he calentado en mi propio seno...

Le decimos:

—No llores más, abuela. Lo haremos; si verdaderamente es lo que quieres, lo haremos.

Nuestro padre

Cuando llega nuestro padre los tres estamos a punto de trabajar en la cocina, porque llueve fuera.

Papá se para delante de la puerta, con los brazos cruzados y las piernas separadas. Pregunta:

—¿Dónde está mi mujer?

La abuela se ríe.

—¡Vaya! Así que tenía marido de verdad.

—Sí, soy el marido de su hija. Y éstos son mis hijos.

Nos mira y añade:

—Habéis crecido mucho. Pero no habéis cambiado.

La abuela dice:

—Mi hija, tu mujer, me confió los niños.

—Habría hecho mejor en confiárselos a alguna otra persona. ¿Dónde está? Me han dicho que se fue al extranjero. ¿Es verdad?

La abuela dice:

—De todo eso hace mucho tiempo. ¿Dónde estabas hasta ahora?

—Era prisionero de guerra. Y ahora quiero recuperar a mi mujer. No me oculte lo que sea, vieja bruja.

La abuela dice:

—Me encanta tu manera de darme las gracias por lo que he hecho por tus hijos.

Papá grita:

—¡Me importa una mierda! ¿Dónde está mi mujer?

La abuela dice:

—Ah, ¿así que te importa una mierda? ¿Té importamos una mierda tus niños y yo? ¡Pues te voy a enseñar dónde está tu mujer!

La abuela sale al jardín y la seguimos. Con su bastón le enseña el parterre de flores que hemos plantado encima de la tumba de nuestra madre.

—¡Mira! Ahí está tu mujer. Bajo tierra.

Papá pregunta:

—¿Muerta? ¿De qué? ¿Cuándo?

—Muerta. Un obús. Unos días antes del fin de la guerra.

—Está prohibido enterrar a la gente por ahí en cualquier sitio.

—La enterramos donde murió. Y no es cualquier sitio. Es mi jardín. También era el suyo, cuando era pequeña.

Papá mira las flores mojadas y dice:

—Quiero verla.

—No deberías. No hay que molestar a los muertos.

—De todos modos, hay que enterrarla en un cementerio. Es la ley. Traedme una pala.

La abuela se encoge de hombros.

—Traedle una pala.

Bajo la lluvia vemos a nuestro padre destruir nuestro parterre de flores y cavar. Llega a las mantas, las aparta. Ahí se ve un esqueleto grande, echado, con otro muy pequeñito pegado a su pecho.

Papá pregunta:

—¿Qué es esa cosa que tiene encima?

Le decimos:

—Es un bebé. Nuestra hermanita.

La abuela dice:

—Ya te había dicho yo que dejases a los muertos en paz. Ven a lavarte a la cocina.

Papá no responde. Mira los esqueletos. Tiene la cara mojada de sudor, de lágrimas y de lluvia. Sale dificultosamente del agujero y se va sin volverse, con las manos y el traje llenos de barro.

Le preguntamos a la abuela:

—¿Qué hacemos?

—Volver a cerrar el agujero. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—Vete adentro, abuela. Nosotros nos ocuparemos de esto.

Ella entra.

Con la ayuda de una manta, transportamos los dos esqueletos al desván, y extendemos los huesos en la paja para secarlos. A continuación, bajamos y llenamos el agujero donde y no hay nadie.

Más tarde, durante meses, pulimos y barnizamos el cráneo y los huesos de nuestra madre y del bebé, y después reconstruimos con mucho cuidado los esqueletos uniendo cada hueso con trocitos de alambre fino. Cuando nuestro trabajo está terminado, colgamos el esqueleto de nuestra madre de una viga del desván y le ponemos el del bebé al cuello.

Vuelve nuestro padre

No volvemos a ver a nuestro padre hasta unos años más tarde.

Entretanto, la abuela tuvo un nuevo ataque y nosotros la ayudamos a morir como ella nos había pedido. Ahora está enterrada en la misma tumba que el abuelo.

Antes de que se abriera la tumba, recuperamos el tesoro y lo escondimos debajo del banco que hay ante nuestra ventana, donde se encuentran aún el fusil, los cartuchos, las granadas.

Papá llega una tarde y pregunta:

—¿Dónde está vuestra abuela?

—Murió.

—¿Vivís solos? ¿Y cómo os las arregláis?

—Muy bien, papá.

Nos dice:

—He venido escondiéndome. Tenéis que ayudarme.

—No hemos tenido noticias tuyas desde hace años.

Nos enseña las manos. Ya no tiene uñas. Se las han arrancado de raíz.

—Salgo de la cárcel. Me han torturado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por nada. Soy un individuo políticamente sospechoso. No puedo ejercer mi profesión.

Me vigilan constantemente. Registran mi piso regularmente.

Me resulta imposible vivir más tiempo en este país.

Decimos:

—Quieres atravesar la frontera.

—Sí. Vosotros, que vivís aquí, debéis saber...

—Sí, sabemos. La frontera es infranqueable.

Papá baja la cabeza, se mira las manos un momento y luego dice:

—Tiene que haber algún punto débil. Tiene que haber algún medio de pasar.

—Arriesgando la vida, sí.

—Prefiero morir antes que quedarme aquí.

—Tienes que decidir con conocimiento de causa, papá.

Él dice:

—Os escucho.

Le explicamos:

—La primera dificultad es llegar hasta los primeros alambres de espinos sin encontrarse con ninguna patrulla y sin que te vean desde ninguna torre de vigilancia.

Es factible. Nosotros conocemos las horas de las patrullas y el emplazamiento de las torres. La barrera tiene un metro cincuenta de altura y un metro de largo.

Hacen falta dos tablas. Una para saltar por encima de la barrera, la otra para ponerla encima, para poderse poner de pie. Si pierdes el equilibrio, caes entre los alambres de espinos y no puedes salir.

—No perderé el equilibrio.

Seguimos:

—Hay que recuperar las dos tablas para pasar de la misma manera la otra barrera, que se encuentra siete metros más lejos.

Papá se ríe.

—Es un juego de niños.

—Sí, pero el espacio entre las dos barreras está minado.

Papá palidece.

—Entonces, es imposible.

—No. Es una cuestión de suerte. Las minas están dispuestas en zigzag. Si se sigue una línea recta, se arriesga uno a pisar una sola mina. Si se dan zancadas grandes, se tiene más o menos una oportunidad entre siete de evitarla.

Papá reflexiona un momento y luego dice:

—Acepto el riesgo.

—En ese caso, queremos ayudarte. Te acompañaremos hasta la primera barrera.

—De acuerdo. Os doy las gracias. ¿No tendréis algo de comer, por casualidad?

Le servimos pan con queso de cabra. Le ofrecemos también vino procedente de la antigua viña de la abuela. Echamos en su vaso algunas gotas de somnífero que la abuela sabía preparar muy bien con unas plantas. que la abuela sabía preparar muy bien con unas plantas.

Conducimos a nuestro padre a nuestra habitación y le decimos:

—Buenas noches, papá. Duerme bien. Te despertaremos mañana.

Vamos a acostarnos en el banco de rincón de la cocina.

La separación

Al día siguiente por la mañana nos levantamos muy temprano. Nos aseguramos de que nuestro padre duerme profundamente.

Preparamos cuatro tablas.

Desenterramos el tesoro de la abuela: unas piezas de oro y de plata, muchas joyas. Ponemos la parte mayor en un saquito de lona. Tomamos también una granada cada uno, por si nos sorprende una patrulla. Al suprimirla podríamos ganar tiempo.

Hacemos un reconocimiento junto a la frontera para localizar el mejor sitio: un ángulo muerto entre dos torres de vigilancia. Allí, al pie de un árbol grande, camuflamos el saco de lona y las dos tablas. Volvemos, comemos. Más tarde, le llevamos el desayuno a nuestro padre. Debemos sacudirlo para que se despierte. Se frota los ojos y dice:

—Hacia mucho tiempo que no había dormido tan bien.

Le ponemos la bandeja en las rodillas. Él dice:

—¡Qué festín! Leche, café, huevos, jamón, mantequilla, mermelada... Estas cosas no se encuentran en la ciudad. ¿Cómo lo conseguís?

—Trabajando. Come, papá. No tendremos tiempo de ofrecerte otra comida antes de tu partida.

Nos pregunta:

—¿Será esta noche?

—Será ahora mismo. En cuanto estés preparado.

—¿Estáis locos? ¡Me niego a pasar esa frontera de mierda en pleno día! Nos verían.

—Y nosotros también, nosotros necesitamos ver, papá. Sólo los idiotas intentan pasar la frontera de noche. Por la noche multiplican por cuatro la frecuencia de las patrullas, y los proyectores barren la zona continuamente. Por el contrario, la vigilancia se relaja hacia las once de la mañana. Los guardias de frontera piensan que nadie está tan loco como para intentar pasar en ese momento.

—Ciertamente, tenéis razón. Me fío de vosotros.

Le preguntamos:

—¿Nos permites que te registremos los bolsillos mientras comes?

—¿Los bolsillos? ¿Para qué?

—No deben poder identificarte. Si te pasa algo y se sabe que eres nuestro padre, nos acusarían de complicidad.

Papá dice:

—Pensáis en todo.

—Estamos obligados a pensar en nuestra seguridad.

Le registramos la ropa. Le cogemos los papeles, la cédula de identidad, la agenda de direcciones, un billete de tren, unas facturas y una foto de nuestra madre.

Lo quemamos todo en el fogón de la cocina excepto la foto.

A las once nos vamos. Cada uno lleva una tabla.

Nuestro padre no lleva nada. Sólo le pedimos que nos siga haciendo el menor ruido que pueda.

Llegamos junto a la frontera. Le decimos a papá que se agache detrás del árbol grande y no se mueva.

Pronto, a unos metros de nosotros, pasa una patrulla de dos hombres. Les oímos hablar:

—Me pregunto qué habrá para llenar la tripa.

—La misma mierda de siempre.

—Mierda y más mierda. Ayer era asqueroso, pero a veces está bueno.

—¿Bueno? No dirías eso si hubieses probado la sopa de mi madre.

—Nunca he comido la sopa de tu madre. Yo no he tenido madre. Yo sólo he comido mierda

siempre. Al menos en el ejército como bien de vez en cuando...

La patrulla se aleja. Nosotros decimos:

—Vamos, papá. Tenemos veinte minutos antes de que llegue la patrulla siguiente.

Papá coge las dos tablas bajo el brazo, avanza, pone una de ellas contra la barrera, trepa.

Nosotros nos escondemos de bruces detrás del árbol grande y nos tapamos las orejas con las manos y abrimos la boca. Se oye una explosión.

Corremos hasta los alambres de espinos con las otras dos tablas y el saco de lona.

Nuestro padre está caído junto a la segunda barrera.

Sí, hay un medio de atravesar la frontera: hacer pasar a alguien delante de uno.

Cogiendo el saco de lona y caminando sobre las huellas de los pasos, y después sobre el cuerpo inerte de nuestro padre, uno de nosotros se va al otro país.

El que queda se vuelve a casa de la abuela.